

documento I SA

**Sevilla, algo más que
tradiciones**

Introducción

Sevilla jugó un papel relevante en la Historia de Occidente, pero su protagonismo se fue diluyendo porque de ella no ha emergido la creatividad de otros espacios más activos.

No obstante y a pesar de su decadencia relativa, Sevilla sigue siendo una ciudad universal, cuya representación está vinculada a su monumentalidad y belleza, a nuestras fiestas y ritos y a un cierto estilo de vida definido, entre otras características, por los componentes lúdicos, el ingenio y unos determinados modelos de convivencia. En coherencia con esta imagen externa, "lo sevillano" se identifica en la ciudad con el cultivo de esos caracteres, y se apoya especialmente en ritos colectivos en los que fundamentalmente se recrean tradiciones. La cuestión es si, como aseguraba Manuel Chaves Nogales en 1926, seguimos siendo una ciudad reducida a las liturgias: «Como somos un pueblo viejo y trabajado, este alejamiento de la vida culta de Europa es casi imperceptible. Conservamos un remedo de espiritualidad. Pero lo cierto es que de la vida intelectual no nos queda ya más que lo que les resta, ya al final, a las religiones viejas: las liturgias» —"La ruta perdida", *Mediodía*, junio 1926.

Además de estas tradiciones, y más allá de las relaciones de carácter familiar o amistoso, la ciudad se articula socialmente a través de las instituciones públicas, algunos clubes deportivos y sociales, y algunas instituciones profesionales y culturales.

Pero en Sevilla también existen casos notables de investigadores, artistas, empresarios y pensadores, pero no llegan a constituir focos de creación e innovación con la suficiente potencia como para que su quehacer irradie a la sociedad y los convierta en su referente. Así, entre los mecanismos de articulación social son escasamente relevantes los que se basan en contenidos de modernidad que pongan a Sevilla en relación con las tendencias más innovadoras del mundo contemporáneo.

Desde Iniciativa Sevilla Abierta (ISA) propusimos en julio de 2006 un debate que estudiara razones, causas, consecuencias, etc., del desequilibrio en nuestra ciudad entre tradición e innovación. Fruto del debate y del esfuerzo hecho a lo largo de estos nueve meses de gestación es este documento que hemos titulado

documento ISA Sevilla, algo más que tradiciones

El documento se ha elaborado usando el material del ciclo de coloquios organizado por ISA entre enero y marzo pasados. Han sido nueve coloquios/debate que analizaron diversos aspectos de la ciudad buscando hasta qué punto ese desequilibrio entre tradición y modernidad, o entre atraso e innovación es más o menos acentuado en el correspondiente ámbito, más o menos fácil de corregir, etc. Es, por tanto, imprescindible

comenzar este documento agradeciendo a los protagonistas de los coloquios su disposición y colaboración desinteresada con ISA¹.

En el documento también encuentran eco buena parte de las respuestas recogidas en la encuesta realizada por ISA entre noviembre y diciembre de 2006; en ella se preguntaba lo siguiente:

1. ¿Cuáles crees que son las causas de desequilibrio tradición/innovación en Sevilla: pasado reciente, cultura, carácter...?
2. ¿Cuáles son los obstáculos y carencias que impiden superar el desequilibrio tradición/innovación: instituciones, medios de comunicación, universidades, infraestructuras, ritos...?
3. ¿Se puede articular la innovación en Sevilla? Describe tus propuestas concretas para superar el desequilibrio tradición/innovación.
4. Enumera los temas de interés colectivo que, a tu juicio, funcionan mal en Sevilla y deberían solucionarse.

Una puntualización sobre el estilo: hemos procurado redactar este documento desde la reflexión, pero rehuyendo caer en una redacción seca o burocrática y buscando cierta tensión narrativa que le procure amenidad. No hemos sabido tampoco resistir la tentación de recurrir, a veces, a cierta dosis de ironía, socarronería e incluso sarcasmo, recursos estilísticos todos ellos bien tradicionales; esperamos humildes y arrepentidos que el dios de la innovación nos lo sepa perdonar.

¹ **La historia que nos pesa.** Antonio Miguel Bernal Rodríguez. José Luis Rodríguez del Corral. Moderador: José Aguilar. **La sociedad civil.** Juan José Téllez. Montserrat Rosa Caro. Moderadora: Eva Díaz. **La economía.** Francisco Ferraro García, Fernando Feijoo Salgado Moderadora: Charo Fernández Cotta. **La cultura.** Ricardo Iniesta García, Miguel Ángel Cuevas Gómez, Moderadora: Margot Molina. **El espacio urbano.** Antonio Barrionuevo Ferrer, Antonio García García. Moderador: Antonio Manfredi. **La ciencia.** Manuel Lozano Leyva, Agnès Gruart i Massó. Moderador: Enrique Díaz León. **Las instituciones públicas.** Rafael Salgueiro López, Eduardo Bericat Alastuey. Moderador: Manuel Pedraz. **La vida cotidiana.** Olga Bertomeu. Moderador: Leonardo Sardiña. **Una mirada externa de Sevilla.** Arcadi Espada, Basilio Martín Patino. Moderadora: Mercedes de Pablos Candón.

Miradas

Este documento lo hemos articulado en una serie de miradas que, en cierta forma, se corresponden con algunos versos —bien conocidos— de Antonio Machado. De manera que haciéndole caso al poeta de Sevilla, hemos comenzado por volver la vista atrás y ver la senda que nunca se ha de volver a pisar.

Aunque el verdadero protagonista del documento es el presente, ese «hoy es siempre todavía» del poeta, el territorio del tiempo que nos acoge y nos permite la conciencia de saber que no hay camino sino estelas en la mar. Nos dijo el poeta que el presente, por ser un despertar situado entre lo ya vivido y lo por soñar, es lo que importa. Exploraremos por tanto sus más variados rincones —económicos, sociales, políticos, científicos, culturales— buscando causas comprensibles para explicar un desequilibrio que hace que la brújula del destino apunte en Sevilla al ayer más que hacia el mañana.

Amén de con el pasado, el presente linda también con el futuro. Así, el documento no quedaría completo, el presente quedaría imperfecto, si no se acompañan la mirada atrás, la mirada al presente, con un atisbo hacia delante; eso, además, permitirá dar cabal cumplimiento a los versos del poeta: no hay camino, se hace camino al andar.

Todo lo cual puesto en una lista da la siguiente tabla de contenidos:

1. Mirando al pasado.
2. Mirando al presente.
 - i. Mirádonos el bolsillo.
 - ii. Mirando a los que mandan ... sin perder de vista a los que influyen (o debieran).
 - iii. Mirádonos a la cara y en los ojos de los demás.
 - iv. Mirando la cartelera.
3. Mirando al futuro.

1. Mirando al pasado

Toda realidad humana, y una ciudad desde luego lo es, necesita evolucionar, requiere un esfuerzo de adaptación y transformación para adecuarse mejor a los cambios que el transcurso del tiempo indefectiblemente produce. Uno de los elementos que influye en esa capacidad de evolucionar, de transformarse o de innovar es, aunque suene paradójico, el pasado de ese proyecto, su trayectoria histórica. Así, un documento que pretende ponderar la importancia que una ciudad como Sevilla debería prestar a su capacidad innovadora para afrontar los tiempos que corren, y hasta qué punto la carga tradicionalista es o no es un impedimento para su modernización, no puede por menos que empezar mirando al pasado —un inciso: atribuiremos en este documento ciertos sentimientos o actitudes a Sevilla; naturalmente esto no es sino una convención porque una ciudad no tiene esas capacidades humanas, en todo caso podría ser capaz de generar ciertos sentimientos en quienes en ella viven o la visitan, pero aún así, esos sentimientos no son ni únicos ni uniformes sino más bien heterogéneos e incluso contradictorios—.

Ahora bien, el protagonista que guíe esa mirada debe ser la historia y no la tradición —que en buena parte de este documento viene a significar visión tradicionalista—. Nos interesa separar lo que es tradición de lo que es historia aunque sólo sea porque la tradición, por su propia naturaleza, tiene una carga culturalista y mítica que evita a menudo los aspectos sociales, económicos y políticos; la tradición pocas veces matiza, porque su fin es otro, lo que convierte a los caminos que de la tradición parten en arenas movedizas. Por eso es conveniente para transitarlos agarrarse al pasamanos de la historia.

De esta manera hay que empezar apuntando que quizá se echa en falta una interpretación completa de la historia de Sevilla, una visión global que trascienda la fragmentaria hoy disponible; porque Sevilla es una ciudad histórica pero sin historiar —más allá de lo hecho con algunos fragmentos valiosos de su biografía—; lo que no deja de ser significativo habiendo acogido a algunas de las más relevantes personalidades de la historiografía española (Ramón Carande, Antonio Domínguez Ortiz, ...)

Dice la tradición que Sevilla fue en tiempos el "ombligo del mundo", cuando en ese prodigioso siglo XVI, y aún en los menos lucidos XVII y XVIII, de aquí salía y entraba la flota que nos traía los tesoros de las colonias. En ese momento histórico se empeñan en tener su asiento buena parte de las tradiciones de Sevilla, y cualquier triste hábito contrarreformista todavía activo se precia de haber hecho en aquellos tiempos su habitación. Estos usos y costumbres y, sobre todo, la importancia que la tradición —que no la historia— les quiere otorgar lastran, por mucho que sea con lingotes de plata y oro, los anhelos innovadores de la ciudad hasta el punto de convertirse en cárcel de su modernidad —y no ha sido casual ni gratuito el haber acudido aquí a la paráfrasis cervantina—.

La historia asiente a lo de haber sido Sevilla *onphalos* del mundo, pero también se cuestiona: ¿hasta qué punto lo que ese hecho tuvo de concesión externa y luego de privación impuesta también desde fuera —cuando el monopolio se trasladó a Cádiz—, no acabó por conferirle cierto marchamo de acontecimiento ajeno a la voluntad de la ciudad? —por más fundamental para su historia que fuera—. Hay un detalle acaso menor pero harto significativo —uno de esos matices con que la historia enriquece por encima de la rotundidad ñoña con que procede la tradición—: cómo interpretar, por ejemplo, la ausencia de ese trajín de barcos, que sin duda fue Sevilla, en la pintura de esa época —compárese con Holanda o Inglaterra—. Esa condición de "ser ajeno a la voluntad de la ciudad", que podemos aplicar a determinados acontecimientos importantes cuando no fundamentales para Sevilla, se ha repetido después en otros momentos de significado histórico para la ciudad, ya sea cuando en el tercer cuarto del XVIII nos cayó en gracia el virrey ilustrado Olavide —tan desaprovechado—, cuando nos instalaron aquí los Montpensier su cuasi-corte, o cuando se decidió que en Sevilla se iba a celebrar una Exposición Iberoamericana en 1929 y una Exposición Universal en 1992. Por no hablar de acontecimientos que afectaron a todo el país como la República: «Sevilla era conservadora y monárquica, como fatalmente lo ha sido siempre la aristocracia territorial de toda Europa», escribió Chaves Nogales en 1932, «la República en Sevilla ha sido una imposición que venía de fuera». De ahí la sanjurjada y la magnífica acogida que, pocos años después, esa aristocracia civil, militar y eclesial —y todo lo que la rodeaba— dispensaron al golpe militar de Franco.

La dimensión universal de cuando fuimos ombligo del mundo pesa —y de su peso quiere sacar provecho la tradición—. Permite la reafirmación de egos y mitos locales de muy variada intencionalidad; éstos, a su vez, acaban influyendo en la formulación de proyectos de futuro, no siempre bien definidos e incluso espurios, que quieren hacerse pasar por indispensables para recuperar el pasado glorioso —con frecuencia desde una posición de dependencia exterior—: la histórica reivindicación del río como clave del desarrollo de la ciudad, la idea de hacer de Sevilla el tercer gran centro industrializador de España —como se decía en el franquismo—, la Sevilla olímpica. Se acaba prestando casi toda la atención a estos proyectos salvadores, que nos harán otra vez centro del mundo, y dejamos sin atender objetivos más realistas; por alcanzar la situación inalcanzable que un día tuvimos, dejamos sin valorar y sin impulsar el trabajo más modesto, cotidiano y paciente que con pequeños pasos dados de forma continuada pretende, nada más —¡y nada menos!— que hacernos un poco mejores de lo que éramos ayer: o dicho en una palabra: innovar.

Para iluminar la trayectoria histórica de Sevilla conviene introducir el concepto explicativo de la ciudad como sistema de poder. Este concepto define la dimensión genuina que dio origen y razón de ser al renacimiento urbano en Europa y está enlazada con la función primordial del mundo urbano mediterráneo clásico. Si miramos el caso de Sevilla a la luz de este concepto, comprobamos que esa condición de “ser ajenos a la voluntad de la ciudad” —a la que nos referimos antes— que han tenido importantes acontecimientos en Sevilla, señala una dejación, una quiebra —que alcanza lo vergonzante en algunos casos— de esa función política primordial de la ciudad de ser un sistema de poder.

La ausencia en Sevilla de ese sistema de poder capaz de articular los intereses y objetivos de la ciudad es un factor clave de la pérdida, ya sea de posiciones de Sevilla en el conjunto europeo y nacional, ya sea de su influencia dentro de la estructura del Estado (nacional o autonómico), y quizá constituya su principal factor de decadencia. En esta inexistencia de un sistema de poder sevillano hay que buscar la debilidad que la ciudad ha mostrado para impedir las muchas *deslocalizaciones* —que decimos hoy— que a la postre han marcado su destino histórico: ya sean algunas tan decisivas como la antes mencionada del monopolio de la Indias en beneficio de Cádiz, ya sean otras más modestas pero significativas, en tanto en cuanto su acumulación ha ido determinando la personalidad política, científica y cultural de Sevilla; a este segundo grupo podemos asignar las siguientes cuestiones tan dispares como ilustrativas:

1. La trayectoria sufrida por una herramienta tan fundamental para el desarrollo tecnológico de un territorio como ha sido, desde que la Revolución Francesa creara las primeras, el contar con una Escuela de Ingeniería. En Sevilla se creó una en 1850 por iniciativa del Ministerio de Fomento que se situó en un primer momento, junto a las de Barcelona, Vergara, Valencia y Gijón, como una escuela intermedia frente a la única escuela superior de Madrid, aunque acabaron pronto siendo todas ellas equiparadas. Unos años después de su creación, el ministerio decidió reducir su financiación aportando exclusivamente la tercera parte del coste, recayendo el resto en las corporaciones locales. En 1866, el Ayuntamiento y la Diputación dejaron de financiarla, por lo que el centro cerró inexorablemente —no así la de Barcelona que pervivió gracias a la ayuda local: señal indicativa de la existencia de un sistema de poder bien

engrasado—. No se volvió a abrir en Sevilla una Escuela de Ingeniería hasta 1963, aunque las actividades docentes no comenzaron hasta el curso 1966-67. Se creó con el patrocinio y bajo el manto protector de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), que supervisó el primer Plan de Estudios.

2. La forma en que Sevilla ha conseguido el estatuto de capitalidad de la Comunidad Andaluza, combate en el que era clara favorita pero para el que ha necesitado dos asaltos.

3. Ese metro que debe su tardanza de décadas, no al terreno de aluvión sobre el que se asienta la ciudad, sino a la falta de ese sistema de poder local al que aquí aludimos.

Conviene comparar los sistemas de poder en los casos de Sevilla y Barcelona; para no extender la comparación reduzcámosla a los acontecimientos del 29 y del 92: Barcelona, como sistema de poder realmente existente, ganó en el 29 la Exposición Universal, dejándonos aquí una iberoamericana de orden menor, mientras que en el 92 consiguió las Olimpiadas y la consiguiente tajada presupuestaria para la puesta al día de las correspondientes infraestructuras. Unos matices sobre esa conmemoración de los 500 años del descubrimiento de América que tienen que ver con el sistema de poder local y esa característica que tienen ciertos acontecimientos importantes de “ser ajenos a la ciudad” que mencionamos antes: (a) Esa insistencia en que también conmemorábamos 500 años de evangelización que la Iglesia católica, todopoderosa todavía hoy en Sevilla, logró imponer en la agenda de la celebración. (b) El fallido nombramiento de Ricardo Bofill como Comisario, dada su condición de “maqueto”, y las desavenencias de Pellón con los poderes locales, en parte, por la misma razón: «siendo de fuera era ignorante en asuntos de sevillanía». Y (c) la magna aunque incomprensible contribución de la ciudad al evento: ese célebre abrazo simbólico que el recién elegido alcalde Rojas Marcos le dio a la Expo en el puente de la Barqueta; una *performance* política situada entre el surrealismo y lo posmoderno que contradice la imagen poco innovadora que tiene la ciudad.

La tradición nos habla de una Sevilla agraria y rural, y no es difícil apreciar rastros de esa situación en la arraigada costumbre del paseo de caballos de la Feria de Abril, por poner un ejemplo. Pero es la historia la que ilumina adecuadamente esa componente económica y social que tanto ha marcado el pasado inmediato y aún marca el presente de la ciudad. Es bien sabido que la razón primera de ese peso, continuado y excesivo, de la agricultura rural en la economía sevillana durante el último siglo y medio, se debe a que la ciudad quedó al margen de la revolución industrial desarrollada en otros lares. La historia sabe explicar bien este hecho. Andalucía, y en especial Sevilla, presentaba en el primer tercio del siglo XIX unas condiciones buenas para que hubiera fructificado aquí también la revolución industrial. Por un lado, había una economía diversificada que se había venido beneficiando durante dos siglos largos del tráfico con América; ciudades urbanizadas, comercio y comerciantes prósperos, liquidez (Banco de San Carlos). De hecho Andalucía empezó teniendo industria textil en Sevilla y siderúrgica en Málaga. Un punto débil fue no contar con fuentes de energía adecuadas —lo que acabó dejando sin bosques a Málaga—; aquí la minería era de metales más que de carbón, lo que acabó por inclinar la balanza hacia las siderúrgicas del norte de España más arropadas por las

cuencas hulleras del entorno. Pero esa circunstancia, junto con otras posibles apuntadas —baja demanda interna, situación periférica para el comercio excepto con las Indias, alejamiento de los centros de consumo, etc.— no parecen suficientes para explicar la apuesta agrícola de la ciudad. De manera que los historiadores sugieren que la desamortización es un sumando, acaso de bastante mayor orden que los otros, con el que contar. En ese momento histórico fundamental para coger el tren —nunca mejor dicho— de la revolución industrial, la desamortización ofreció tierras a bajo precio y representó una oportunidad de inversión muy atractiva para el capital —un *pelotazo* que diríamos hoy—. Así, esa clase emergente de prósperos comerciantes e industriales, que debería haber sido el caldo de cultivo para el proceso industrial, en vez de generar industria volvió la mirada al campo. Eso significó además un clima contrario al proteccionismo arancelario, proteccionismo que es perjudicial para la comercialización de productos agrícolas pero necesario para proteger una incipiente aventura industrial. A esto habría que añadirle la contribución franquista en pro de la oligarquía agrícola: la política de precios seguros para sus cosechas, sin necesidad de innovar ni competir, basada en los bajos costes de producción (salarios) y un mercado asegurado. Ciertamente la rentabilidad no era muy elevada, pero la dimensión del negocio agrícola (latifundios) permitía a esa oligarquía sentarse tranquila en el Círculo de Labradores o Pineda.

Esa situación dejó marcada una impronta social que la tradición se ha encargado de agudizar —al eliminar matices y explicaciones de causa efecto—; así, la tradición agrícola de nuestra sociedad impone sus valores conservadores dificultando la necesaria valoración de una cierta cultura del riesgo tan necesaria para la actividad empresarial. Naturalmente hay excepciones, que muestran que los de aquí tienen triunfos más sonados fuera, precisamente cuando salen del entorno conservador sevillano; el que esos triunfos sean además contemplados como excepciones no hace sino confirmar el diagnóstico. Cambiamos el paso: cuando tendríamos que haber iniciado un proceso industrial, la elite económica de entonces se volcó en la agricultura. Un paso que todavía hoy llevamos algo cambiado y que sólo con la adecuada dosis de innovación podremos ahora acompañar con los tiempos que corren.

A esta inercia conservadora propia de sociedades agrícolas, se ha unido otra componente igualmente conservadora: la de una sociedad donde el peso económico de lo público es de los más determinantes de España. Pero de eso hablaremos más adelante.

No es cuestión, en un documento como éste, de ir mucho más allá en esta mirada al pasado, aunque tampoco quedaría completo si no se hacen aflorar otros matices. Matices que ayuden a establecer ese peso que la tradición tiene en Sevilla y explicar por qué en algunos asuntos se convierte en abrumador; no se trata de ser exhaustivos, pero sí de mostrar la punta de un iceberg que dé idea de lo que hay sumergido. Son los matices en los que la historia es tan rica pero que el manto de la tradición se empeña en ocultar.

Así, el tradicionalismo nos habla de Sevilla como la ciudad del dogma —da igual ahora de cuál— pero la historia nos dice que también hubo disidencia. La tradición nos habla del esplendor del barroco —y no es difícil apreciarlo todavía hoy: está ahí en iglesias y retablos y en esa representación teatral al aire libre que es la Semana Santa—, pero la historia nos dice que también hubo intolerancia; de la que tampoco hoy

estamos exentos, porque ¿quién no recuerda aquí alguna de esas manifestaciones de desagravio, que los mismos que usan y abusan del espacio público para expresar su fe católica, montan cada vez que una representación teatral que a ellos no les cuadra viene a «ensuciar» — expresión que adoran aplicar a lo que no les gusta, o no entienden, o no quieren entender— la pureza del aire de esta ciudad inmaculadamente mariana? Apellido este que todavía adoran más y por el que, incluso, están dispuestos a verter sangre: eso, y no otra cosa, simbolizan esas espadas relucientes que algunas cofradías de las más serias incorporan en sus desfiles de Semana Santa.

Blanco-White —que de esta ciudad y de este país tuvo que irse en los primeros años del siglo XIX— afirmaba en sus magníficas *Cartas de España* —escritas en inglés y publicadas así en 1822, y traducidas por primera vez al español tan sólo 150 años después— que Sevilla era *la cuna de la intolerancia* y anotaba que «la disidencia es la nota suprema de la libertad»; y otro sevillano que ha trabajado fuera, Francisco Márquez Villanueva, profesor emérito en Harvard, dejó escrito: «En Sevilla el poeta ha de andar siempre solo y contra la marea, hasta el momento en que se adocena, enmudece o la abandona, que es lo que hizo Cervantes, pero también Mateo Alemán, Blanco White, Bécquer, los Machado, Juan Ramón y Cernuda. La vida sevillana y su introversión indiferente a nada exterior a sí misma, puede volverse opresora y abocar a un momento en que con toda claridad se perfila la necesidad de buscar otros horizontes».

Los tradicionalistas se enorgullecen de la poblada nómina de momias que tenemos en Sevilla: una notable colección de muertos y muertas, ejemplos de santidad y/o heroicas conductas en pro de la más pura castidad. Momias que aquí tanto gusta de visitar alguna gente y que parecen celebrar un tradicional gusto sevillano por la muerte —que Valdés Leal retrató como nadie—. Muerte que también fue entendida como castigo aplicable incluso a aquellos que sólo pretendían alcanzar a través de la ciencia un bien para la comunidad. Porque la tradición pretende hacer de Sevilla un espacio casi exclusivo para la fe y, por tanto, ajeno a la ciencia; pero la historia matiza y nos dice que aquí, pese a esas inquisiciones se hizo y se hace ciencia. Intolerancia que aún persiste, y aunque ya hoy la sociedad le impide torturar, quemar, o quebrar voluntades en el potro, la intolerancia eclesial sigue gritando, insultando y amenazando la libertad del científico para hacer ciencia.

Ciencia que tuvo esplendor en ese glorioso siglo XVI, que no sólo vio el triunfo de la Contrarreforma en Sevilla, sino también el de cierta gloria científica, sobre todo en lo relativo a la navegación —náutica, astronomía, matemáticas—; navegación y ciencia que fueron decayendo a la par, lo que es fácil de entender porque gloria científica y esplendor de la marina fueron cogidas de la mano y no es posible cortar una de esas manos sin dañar la otra. Y buena muestra de ello fue cómo el Almirantazgo inglés puso la ciencia al servicio de su Armada: Isaac Newton, el todopoderoso presidente de la Royal Society de Londres, descubrió la ley de gravitación universal y redujo el cálculo de la posición de la Tierra, la Luna y el Sol a un puñado de ecuaciones matemáticas; Leonhard Euler, el matemático suizo a sueldo del rey Federico II de Prusia y la zarina Catalina la Grande, ideó una solución para las ecuaciones de Newton; Tobias Mayer, el cartógrafo de Nuremberg, tradujo la solución de Euler en tablas lunares; los tres produjeron avances por los que el Almirantazgo inglés acabó pagando en 1762 3.000 libras por

las ventajas que suponían para su flota. Mientras, aquí se le daba una muerte de perro a Pierre Henry (1795), científico traído de Francia precisamente para que enseñara en Sevilla cómo hacer esa ciencia que ya llevaban treinta años usando los ingleses en beneficio de su marina; después de trece años enseñando en Sevilla y asesorando a fábricas y negocios de la comarca, a Henry lo metieron en la cárcel por su «cualidad odiosa de francés», de donde no salió hasta tres años después, con la salud quebrada y sólo para morir a las pocas semanas «en tal pobreza que faltaron aun los medios para amortajarle y enterrarle».

Lo que significa la dualidad entre tradición e innovación queda excelentemente retratada en la Academia de Medicina de Sevilla, creada en 1700 por un grupo de médicos «novatores» —corriente que representaba la innovación en la época— y que se vieron sojuzgados y atacados por los catedráticos de medicina de la Universidad —tradicionalistas seguidores de Galeno—. A esa medicina innovadora que cuestionaba la conveniencia de hacer rogativas en época de peste, los tradicionalistas les azuzaron a los perros rabiosos de la Inquisición. La tradición nos explica que esas rogativas son la expresión de fe de una ciudad en su panteón de dioses y diosas — que en Sevilla parece respetar escrupulosamente la paridad entre hembras y machos—; pero es la historia quien introduce el matiz, y ha sido el tiempo y el avance de la medicina quien acabó dándole la razón a los médicos que se oponían a esos usos: porque cuando Vírgenes y Señores de Sevilla eran paseados para pedir que detuvieran una peste, no sólo no la paraban sino que contribuían a su expansión porque esa fe inquebrantable del pueblo hacía juntarse a gentes de todas las colaciones de la ciudad y ya se sabe del provecho que virus y bacterias —que parecen respetar poco la fe— suelen sacar de la masa reunida. Esas posturas intolerantes de la Iglesia católica para con lo científico no son una cuestión del pasado, están presentes hoy en día: ahí está su negativa total, sin matices, a la experimentación con células madre —en la que Andalucía y Sevilla han estado en vanguardia—. No le quedará a la Iglesia más remedio, cuando vea a la gente enferma sanar, que pedir perdón por emplearse contra la biomedicina con un celo digno de mejor causa; aunque la experiencia nos dice que tardarán 250 o 300 años en pedir perdón, porque estas cosas lleva su tiempo meditarlas y ponderarlas y el Espíritu Santo, de cuyo negociado depende la cuestión, demasiado tiene con ser Santo además de Espíritu para que encima le pidamos eficiencia, rapidez de reflejos o conocimientos científicos.

Es bien sabido que lo nuevo por ser nuevo no es necesariamente mejor que lo ya existente; pero tampoco es automáticamente peor, ni peligroso, como la tradición se empeña a menudo en sostener, sin pararse a pensar que lo tradicional, por sí mismo, tampoco hace mejores las cosas, ni mejores a los que las sustentan, las disfrutan o las soportan; por más que en esta ciudad tenga tanto predicamento y puestos a tener tradición, y apelar a ella como elemento de fuerza, aquí ya la tienen hasta los equipos de fútbol —un siglo cada uno—, y no digamos la Feria, la Semana Santa o la Universidad. De esos siglos de tradición, lo que parece importar aquí no es conocer la historia de lo que en ellos sucedió sino el buen garrote que con ellos se puede tallar o la tupida mordaza que con ellos se puede trenzar.

Mirando al presente.

El presente es la frontera desde la que una sociedad se cuestiona su futuro: ¿hasta qué punto hay que corregir la inercia del pasado para abordar con garantías de éxito los nuevos retos que ese futuro desconocido plantea? Al análisis de esa inercia, en cuanto a sus componentes más arcanas, se han dedicado los primeros folios de este escrito, tratando de precisar sus razones históricas más allá de las simplificaciones tradicionalistas. Ese análisis necesita, naturalmente, ser extendido al presente: es inevitable si lo que pretendemos es aquilatar cuál es la capacidad real de Sevilla para innovar, hasta qué punto le es necesaria esa innovación para encarar adecuadamente lo porvenir y si la tradición, esa inercia del pasado, ayuda o es rémora. El análisis será necesariamente múltiple y afectará a los mil y un aspectos que componen una sociedad tan compleja como ésta de comienzos del tercer milenio; pasaremos revista a la economía, a las estructuras de poder, a los agentes sociales e institucionales, a la sociedad civil, a la cultura, a la vida cotidiana, a los medios de comunicación, al espacio urbano, a la comunidad científica, a la(s) universidad(es), aspectos unos con más trascendencia y otros con menos, aunque esta importancia menor sea a veces sólo aparente y no de fondo. Pretendemos que nuestra mirada sea suficientemente afilada como para que nos permita discernir en cada caso hacia dónde se dirige el fiel de la balanza, si pesan más las posturas tradicionalistas o la necesidad de innovar, si es la inercia la que marca el rumbo futuro o decidimos éste tras cuestionar el presente.

Para una mejor comprensión hemos dividido el análisis en cuatro apartados, que es tanto como decir “fijado la mirada” en cuatro direcciones:

- Mirándonos el bolsillo.
- Mirando a los que mandan ... sin perder de vista a los que influyen (o debieran).
- Mirándonos a la cara y en los ojos de los demás.
- Mirando la cartelera.

Mirándonos el bolsillo.

Es imposible hurtar una serie de cifras si queremos hacer un adecuado análisis de la situación económica sevillana que nos permita aquilatar hasta qué punto es necesaria la innovación si queremos mejorar en lo económico; serán de todas formas pocas las cifras, además de necesarias y con jugo.

Hay que empezar apuntando la caída sufrida por el PIB per cápita en relación con la media española: desde el 94% que teníamos en 1955 hasta el 80% de hace un par de años. Dado que evidentemente somos ahora mucho más ricos que hace medio siglo, esto sólo significa que otros han crecido bastante más que nosotros. El mayor dinamismo de la economía sevillana en el último quinquenio no ha evitado sin embargo que siguiera ocupando las últimas posiciones del ranking nacional en términos de renta per cápita. Ahorramos también menos que en otras latitudes: mientras en la UE se destina el 14,9% de la renta al ahorro, en España se dedica el 11,4% y en Sevilla el 9,4% —el cuarto más bajo de todas las provincias españolas—.

En cuanto al mercado de trabajo, la población activa se sitúa en el 57% de los algo más de 1.800.000 habitantes de la provincia —un 38,4% de los cuales viven en la ciudad, un 23,2% en el área metropolitana y un 38,4% en el resto de la provincia—. La cifra de población activa es similar a

la española, no así la de paro: 12,9%, más de cuatro puntos por encima de la de España; la tasa de paro femenina duplica a la masculina. Hay un dato muy significativo para lo que en este documento nos planteamos: se trata de la relación entre nivel formativo y tasa de ocupación. En España y en los países desarrollados, a mayor nivel de formación mayor tasa de ocupación; en Sevilla esa tendencia se invierte, así al 20,6% de población activa que aquí tiene estudios universitarios le corresponde una tasa del 15,7% de entre la empleada, al 19,2% de población activa con formación técnica-profesional le corresponde un 15,7% de ocupada, mientras que al 17,1% de población activa analfabeta o con estudios primarios le corresponde un 23,9% de ocupada. La conclusión inmediata es que no existe suficiente demanda de empleo cualificada o/y que se produce sobreformación. Dado que existe demanda de trabajo por algunas empresas no satisfecha por la ciudadanía sevillana por falta de formación adecuada, cabe además concluir que el sistema formativo es inadecuado. Si entendemos que la capacidad de innovación en la economía es proporcional al grado de formación, estos datos denuncian un déficit innovador de la economía sevillana.

Las cifras de la estructura empresarial van parejas al resto: menor densidad empresarial en Sevilla —6,02 empresas por cada 100 habitantes— que en Andalucía, que a su vez es menor que la media española (7,15). Esto nos sitúa en el puesto 45 del ranking nacional.

Las inversiones públicas per cápita también están por debajo de la media andaluza y nacional; en particular ese déficit se ha producido todos los años desde 1991, por lo que harían falta 6.680 millones de euros (2005) de inversión para equilibrarlo. La mayor parte de ese desequilibrio se ha producido entre los años 2001 y 2005 —4.130 millones de euros— de los cuales un 40% correspondería a falta de inversión de la Administración Central, un 35% a la autonómica y un 25% a la provincial.

La división en sectores productivos de Sevilla es semejante a la de otros espacios del mundo con análogo nivel de desarrollo: elevadísimo porcentaje del sector servicios (70,5%) y tendencia a aumentar, bastante menor de la industria (12,1%) y con tendencia a bajar, mínima de la agricultura (4,4%), aunque en Sevilla es algo superior a la media española o europea, y una desproporcionada representación de la construcción (9%), aunque esta presencia sea semejante a la española. De nuevo aquí los datos nos sitúan un escalón por debajo en cuanto a actividad innovadora: Sevilla está especializada en actividades preferentemente tradicionales, con escasa intensidad tecnológica, de capital y de conocimientos, que produce para el mercado local o productos indiferenciados, siendo escasa la producción basada en nuevas tecnologías y conocimiento. Existen desde luego empresas en sectores avanzados tecnológicamente, pero su peso no es muy relevante en la estructura productiva.

Queremos corregir aquí cierto desenfoque que tiende a sobrevalorar la importancia real de las actividades agrarias, el turismo y el impacto económico de las actividades tradicionales. En todos estos casos, se viene haciendo una estimación de esa importancia que interesadamente se desvía al alza. Así, la agricultura, si bien ha sido un sector muy significativo en la provincia, va perdiendo importancia año tras año —sólo el 4,4% del PIB y el 5,7% del empleo—, siendo sostenida su renta en un porcentaje considerable —cerca del 40%— por las subvenciones del FEOGA. El turismo, aún siendo una actividad significativa en la ciudad, aporta al PIB una

cantidad menor que en Baleares, Cataluña, Canarias o provincias como Málaga, Granada o Alicante.

En defensa de las actividades tradicionales, como la Semana Santa o la Feria, el Ayuntamiento de Sevilla ha promovido estudios para poner de manifiesto la importancia económica de estos acontecimientos tradicionales en la ciudad. Por ejemplo, para la Semana Santa del 2003, el Área de Economía e Industria del Ayuntamiento estimó una producción de las distintas actividades profesionales relacionadas con el evento —artistas e investigadores, artesanos, medios de comunicación, actividades turísticas y otros— de 160 millones de euros, equivalentes al 0,6% del PIB ese año. Además de no ser muy elevado el impacto, ha de señalarse que la metodología de estimación es discutible: imputan el gasto de todos los turistas, suponen un gasto medio elevado (24 €/día) de cada uno de los residentes que asisten a las procesiones (325.000 al día) y una elevada facturación a los talleres artesanales y otros. No obstante, la principal observación que ha de hacerse a este tipo de estimaciones es que no tienen en consideración los “costes de oportunidad”; es decir, qué harían los factores —empresas, capital, personas como productores y consumidores— en caso de no celebrarse la Semana Santa, pues no es razonable pensar que no se emplearían en nada. Es más, probablemente se dedicasen a otras actividades menos tradicionales, con mayor capacidad de generación de rentas a medio plazo.

Es imposible conocer con precisión la estructura comercial de Sevilla, pues la mayor parte del comercio exterior se realiza con el resto de España, y sólo se conocen las exportaciones e importaciones al/del extranjero. No obstante, de éstas se derivan unos rasgos acordes con la estructura productiva, y un déficit comercial de 3.974 M€ (14,9% del PIB).

El motor fundamental del crecimiento provincial en los últimos seis años —que nos hace confluir con España y Europa, aunque a un ritmo excesivamente pausado— es la demanda interna, favorecida por el crecimiento del empleo y de la renta. Esta demanda interna se caracteriza por una elevada propensión al consumo público y de los hogares, lo que tira de la producción provincial —básicamente servicios— y de las importaciones, y por una considerable inversión inmobiliaria. Ha producido sin embargo un notable deterioro de la competitividad, como lo ponen de manifiesto el descenso de la productividad, el aumento de los costes laborales unitarios y la inflación diferencial. Así, se ha producido un aumento más intenso del empleo que del PIB, lo que ha situado los niveles de productividad en el 87,3% de la media española. Por otro lado, la inflación sevillana, análoga a la española, es superior a la europea, hasta el punto de marcar un diferencial de 6,8 puntos sobre ésta desde 1996 y los costes laborales unitarios han crecido en los últimos años por encima de la media española. El deterioro de la competitividad tiene su reflejo en el intenso ritmo de crecimiento de las importaciones, frente al menor crecimiento de las exportaciones, y en una tendencia a la especialización productiva y comercial en la que destacan más las actividades intensivas en trabajo escasamente cualificado que las actividades tecnológicamente más avanzadas y las de mayores requerimientos de capital humano cualificado. El aumento de los servicios personales y la construcción son los paradigmas de la dinámica de crecimiento, mientras que las actividades industriales y los servicios de vanguardia, aunque van adquiriendo cierta presencia en el

tejido productivo sevillano, no lo hacen a un ritmo semejante al de las áreas más dinámicas del mundo.

Al superar ampliamente la demanda interna —consumo e inversión— a la renta, el mantenimiento de los niveles de consumo e inversión exige transferencias de renta o/y endeudamiento. Así ocurre en cuanto a las transferencias de renta percibida por la población de Sevilla, tanto de la UE como del resto de España. La previsible desaparición de los fondos estructurales después de 2013 y la tendencia a reducirse los flujos de renta entre las CCAA, apuntan a que a medio plazo dependeremos más de nuestro propio esfuerzo productivo. Por otra parte, todos los indicios apuntan a que el nivel de endeudamiento de la ciudadanía sevillana es muy elevado. El Banco de España y otras instituciones han alertado del elevado endeudamiento de los españoles como una tendencia que no puede intensificarse indefinidamente sin riesgos para la estabilidad financiera del país, pues una crisis financiera puede generar un desajuste deflacionario de imprevisibles consecuencias. No existen presagios de que tal crisis pueda producirse a corto plazo, pero el encarecimiento de los tipos de interés a lo largo de los últimos meses está estrechando el margen de muchas familias para hacer frente a sus obligaciones hipotecarias, fenómeno que puede intensificarse si, como es previsible, continúan aumentando los tipos de interés.

¿Qué conclusiones cabe extraer de este análisis económico para aquilatar adecuadamente el desequilibrio entre tradición e innovación?

Los datos económicos anteriormente expuestos, establecen que estamos ante una coyuntura favorable para acompasar el paso que cambiamos hace casi dos siglos, cuando aquí se apostó casi exclusivamente por el campo en detrimento de la innovación que entonces suponía la apuesta por la industria.

La diferencia con otros sitios más prósperos y avanzados económicamente no es determinante como para condicionar nuestro futuro económico; se dan hoy además otras circunstancias que tienden a limar estas diferencias: (a) un sistema político democrático, tal vez de no mucha calidad —por el peso a todas luces excesivo impuesto por la partitocracia—, pero con libertades básicas y seguridad jurídica; (b) riqueza y recursos financieros —acumulación de patrimonio, capital suficiente para un cambio de tendencias—; (c) capacidad de formación —aunque tal vez mal dirigida—; (d) reducción de la importancia de estar en la periferia —al mejorar los sistemas de transportes tradicionales y por el crecimiento imparable del universo virtual—.

Todo esto muestra que la diferencia real de Sevilla con el entorno nacional o europeo a la hora de afrontar los retos económicos del futuro es hoy más una cuestión de cabeza que de bolsillo. En cierta forma, la situación es hoy en día más favorable para nosotros que lo era en las primeras décadas del siglo XIX cuando perdimos el tren de la revolución industrial; sólo que ahora, en una sociedad post industrial donde hay mucho de todo, innovar se convierte en imperativo: o innovamos para incrementar el valor añadido de nuestros productos o estarán condenados al bazar del todo a cien, lo que nos convertiría en mano de obra barata y nos conduciría a la mediocridad económica. Corregir los desequilibrios existentes pasa por adoptar actitudes más innovadoras frente a posturas más tradicionales. Y la innovación, más que del bolsillo, depende de la cabeza y, por tanto, de los usos, de las inercias, de la formación, de los valores culturales.

En relación con nuestro entorno europeo, el peso cultural —entendiendo aquí cultura como la información útil acumulada por la sociedad para poder mejorar— de la tradición puede suponer un lastre mayor para la economía sevillana que el relativo retraso económico actual. Nos falta cultura de emprendimiento e innovación; la tradición entiende que el riesgo está en emprender, cuando en este presente, que se va convirtiendo en futuro a velocidad de vértigo, el riesgo económico está, precisamente, en lo contrario, en no innovar, en no emprender. Aquí se valora poco a las personas emprendedoras, en igual medida que los sectores ilustrados de la ciudad han mostrado cierta desconsideración por lo económico —lo que ha significado un condicionamiento para la economía y una razón más de inmovilismo—; ese manifiesto desdén hacia lo prosaico de las cuestiones económicas marca diferencias con lo que ocurre en otras ciudades del mundo desarrollado, en donde es más notable la formación económica y más frecuente el uso racional de la Ciencia Económica para el análisis y solución de los problemas sociales.

En una sociedad cambiante el riesgo está en dejar de observar lo que pasa en el mundo porque empleamos el tiempo en mirarnos el ombligo. Con cada vez mayor frecuencia, innovar no consiste en predecir o adelantarse al futuro sino en inventarlo. Esa innovación es perentoria porque el modelo actual de crecimiento basado en el consumo y la construcción es débil y además no es sostenible.

Se da en Sevilla otro condicionante que obstaculiza la innovación: el excesivo peso que el sector público tiene en la economía. Pero este tema queda mejor enfocado si lo observamos en la dirección de la siguiente mirada.

Mirando a los que mandan ... sin peder de vista a los que influyen (o debieran)

En Sevilla lo aristocrático y la burguesía agraria han detentado tradicionalmente el poder; y la medida de ambas condiciones la daban los títulos y las tierras, ya sean de este mundo o del otro: porque aquí un simple título de párroco, no digamos ya de arzobispo, servían —y acaso todavía sirvan— para poner derecha a mucha gente —hasta el punto de que no le vendría mal a la democracia sevillana un adelgazamiento de esos antiestéticos michelines clericales que le afean la figura—.

Ese modelo ha acabado impregnando ciertos comportamientos de nuestros líderes políticos actuales, mucho más democráticos desde luego que los aristócratas y clérigos de antaño. Hemos cambiado la aristocracia —aunque no del todo la eclesial— por la partitocracia, más democrática insistimos, aunque quizá no todo lo que una sociedad de principios del tercer milenio debería ser capaz de demandar y, finalmente, conseguir.

Nuestros políticos no destacan precisamente por su capacidad innovadora o emprendedora, más bien tienden a ser grises, conservadores, aunque con capacidad para controlar los aparatos de partido, que son a fin de cuentas los que acaban llevándolos al poder, además, naturalmente, del voto ciudadano: aunque, no se olvide, en ese orden, antes tienen que ser elegidos candidatos por sus partidos y después se les vota —pero sin más alternativa dentro de cada partido—.

Lideradas por el poder político, las administraciones públicas han venido sufriendo una progresiva e imparable metamorfosis; su razón de ser como entidades cuya única justificación debería ser su utilidad social ha quedado contaminada cuando se las ha empezado a usar como órganos espurios a través de los cuales el poder político procura su conservación. Han establecido como su primera prioridad seguir existiendo, si es posible, crecer, si también lo es, aumentar la esfera de su dominio y, finalmente, si se presenta la oportunidad, comerse a otro. Los estratosféricos y afiligranados proyectos en que a menudo se embarcan —fastos, hojas de ruta, efemérides sin par, planes pergeñados minuciosamente, editados en sólidas carpetas, archivados luego en hermosas estanterías— quedan lejos de las reglas de eficiencia y economía que la Constitución en su artículo 31 les marca como signos de identidad —«El gasto público realizará una asignación equitativa a los recursos públicos, y su programación y ejecución responderán a los criterios de eficiencia y economía»—.

La financiación pública por habitante es bastante semejante en Sevilla a la media andaluza o nacional. Si antes se dijo que la inversión pública era, sin embargo, menor, debe derivarse que hay necesariamente una mayor atención a los gastos corrientes. Lo que efectivamente es cierto y se traduce en un hecho muy significativo para lo que nosotros tratamos de analizar en este documento: el empleo público en Sevilla es notablemente más elevado si lo comparamos con lo que ocurre en Andalucía o España. Y esto vale cualquiera que sea el aspecto con el que decidamos compararlo: con el total del empleo, con el PIB o con el número total de habitantes. Esa sobredotación relativa de empleo público se da en todas las administraciones, pero muy especialmente en la administración autonómica, en la local y en la universitaria. Por cada mil empleos hay 153,8 empleos públicos en Sevilla por 149,7 en Andalucía y 125,6 en España; por cada mil habitantes, 61,1 son empleados públicos en Sevilla, 58 en Andalucía y 54,9 en España. En términos absolutos, los 111.777 efectivos del sector público en la provincia de Sevilla superan a los de las Comunidades Autónomas de Navarra y Aragón juntas.

Esta desmesura de la administración pública —convertida en «gorda por arrobos» que diría Quevedo—, junto con la debilidad económica en sectores más dinámicos resta capacidad de innovación. De la importancia del sector público en Sevilla se deriva la presencia abrumadora de los políticos en la vida social y su elevada densidad, producida en parte por la capitalidad regional de la ciudad, lo que conlleva la sede del gobierno con todas sus consejerías, el parlamento, la mayor parte de las empresas públicas, de Canal Sur y de innumerables consejos, institutos, comités, etc. sustentados por los presupuestos públicos. Y a su calor, también se encuentran en Sevilla las sedes regionales de múltiples organizaciones —profesionales, sindicatos, patronal, cajas de ahorro, sede de empresas— que interactúan con el poder político y que también dependen, aunque sea parcialmente, de los presupuestos públicos. En otras capitales de comunidades autónomas también puede producirse un fenómeno semejante, pero la mayor entidad de la Junta de Andalucía, por un lado, la debilidad relativa de la iniciativa empresarial por otro, y la escasa presencia de instituciones de la sociedad civil independiente del mundo político, por un tercero, propician una mayor relevancia del sector público en Sevilla y de los políticos que lo encarnan.

Las instituciones públicas más asentadas participan en su inmensa mayoría en el fortalecimiento de la tradición. Los políticos, en particular, tienden a reproducir los valores sociales dominantes en cualquier sociedad; si, como ocurre aquí, estos son los tradicionales, lógicamente los políticos se presentarán ante los electores fortaleciendo las señas de identidad que profundizan en tales valores. Así, durante los 30 años de democracia, las instituciones públicas locales han potenciado intensamente el cultivo de las tradiciones —pocas han sido las veces en que los regidores municipales han puesto en marcha ideas y proyectos reformadores—, y han ayudado con mimo a la recuperación de algunos rasgos de la cultura tradicional —¿es razonable la presencia asidua y ritualizada de quienes detentan la representación institucional, ya sea local, autonómica o central, ya sea militar, política o universitaria, en tantos y tantos, y algunas veces tontos, actos religiosos protocolarios?—. Dado que las administraciones públicas han decidido que es más rentable políticamente apoyar lo tradicional, por ser más fácil de entender para el común de la ciudadanía que lo innovador, ese enorme peso que tiene la administración, convertida en tupidísima e interconectada red de instituciones públicas y anexos ejercerá necesariamente una presión difícil de superar, lo que condena al languidecimiento de una ya de por sí lánguida capacidad de innovación.

No queda nada clara cuál ha sido la contribución de las instituciones públicas a la modernización de la ciudad, a conectarla con las corrientes innovadoras del mundo contemporáneo. Aunque hay que reconocer que este apoyo a la innovación es más difícil hacerlo efectivo y de forma eficiente que el apoyo a lo tradicional.

En lo económico, por ejemplo, se constata que las administraciones públicas parecen haber incluido en su ideario ese apoyo al emprendimiento. Aunque esos objetivos, por su naturaleza, parecen algo antitéticos con la esencia de la administración pública: además de regular y, consecuentemente, velar porque se cumpla la espesa maraña de regulaciones, los responsables públicos han decidido ampliar su misión y convertirse también en adalides del emprendimiento y la innovación. Esto suena a franca paradoja, pues parece raro que promuevan el riesgo, necesariamente ligado a la actividad económica emprendedora, instituciones que son el paradigma de todo lo contrario. En este sentido no es extraño que el concepto de innovador se vacíe a veces de contenido hasta hacerlo indistinguible de su contrario, de manera que cuando dicen apostar por lo nuevo en realidad significa que se sigue apostando por lo ya establecido, por lo tradicional. Que es por otro lado lo más cómodo y conveniente, pues no es raro que la tradición sea usada por los poderes públicos para debilitar a la sociedad civil: dado que de esta esperan mayormente el sustrato de su propia continuidad, fomentan su organización alrededor del mantenimiento de lo ya existente —de lo tradicional— y el desinterés, cuando no la desconfianza, hacia lo nuevo, diferente o innovador.

La herramienta para lograr ese imposible de ser las instituciones públicas abanderadas de la modernización —recuérdese que la Junta ya va por la segunda, aunque Andalucía parece algo más rezagada—, no consiste en favorecer un clima adecuado para el emprendimiento y la valoración de las mejoras que producen determinados cambios; su gran arma secreta para el progreso es ... la subvención. Sería desde luego algo prodigioso que a base de subvenciones, que son más bien un instrumento de poder que a

menudo trasmite valores equivocados y contrapuestos a la idea de emprendimiento, se lograra aumentar la población de innovadores. Y esto parece valer en terrenos tan diferentes como lo económico o lo cultural.

Adicionalmente a todo lo que se viene diciendo, el predominio del PSOE en todas las instituciones públicas sevillanas —Junta de Andalucía, Diputación, Ayuntamiento— desde hace años, ha generado una casta de políticos profesionales, con elevada estabilidad e intercambiables para los diversos puestos de las instituciones públicas y parapúblicas —no es esta una exclusiva del partido socialista, similar comportamiento se suele dar cuando otro partido ostenta durante un tiempo prolongado la hegemonía política en todas las administraciones de un territorio—. Todo este conjunto de personas forma un denso tejido político, una malla de relaciones, que más parece una nomenklatura; lo que se transmite a los mecanismos de permanencia y ascenso social, donde predominan la fidelidad al partido y a sus líderes en vez de las capacidades profesionales para el desempeño de la responsabilidad pública. En muchos casos esto propicia que personas mediocres ocupen cargos públicos para los que no se encuentran cualificados.

Lo singular en Sevilla es que la importancia de este colectivo y la visibilidad de sus comportamientos y conflictos trasladan un ejemplo de cultura según el cual lo importante es mantener fidelidad y buenas relaciones con los que toman las decisiones, algo muy alejado del espíritu libre que requiere una sociedad innovadora.

Como decíamos antes, el sistema electoral favorece la estabilidad de este sistema, pues al elegir listas cerradas, tanto para las elecciones generales como para las autonómicas y locales, lo importante es el partido y no las personas a las que individualmente se les pueda exigir responsabilidad. La confección de las listas electorales —y el nombramiento de los cargos ejecutivos de libre designación— se convierte así en el mecanismo fundamental de ejercicio del poder interno. El mecanismo de cooptación, además, no se limita a los cargos de las instituciones públicas, sino que existen centenares de instituciones financiadas o condicionadas por las instituciones públicas cuyo comportamiento está vigilado por el poder; en muchos casos la amplitud y variedad de subvenciones —a empresas, creativos, artistas, medios de comunicación, colectivos sociales varios, instituciones sin fines de lucro, instrumentadas por los gobiernos o algunas de las instituciones parapúblicas—, genera una dependencia económica de los distintos colectivos al poder político que, en mayor o menor medida, condiciona su libertad de actuación.

Todo esto ha propiciado una «corte sevillana» —en la que participan, además de los cargos públicos, artistas, empresarios, consultores, pensadores, buscadores de renta, “abrepuestas”, etc.— que caracterizan una sociedad en la que el amiguismo, la devolución de favores, las simpatías políticas y el vasallaje son más determinantes en muchos casos para alcanzar las metas profesionales que el esfuerzo, la formación y la inteligencia.

Si hay una actividad que refleje bien el significado real de la innovación en Sevilla esa es la científica: la ciencia hecha en Sevilla tiene desde luego que mejorar en cantidad y calidad, pero la que producimos no es despreciable y se acerca a pasos agigantados a lo que debería esperarse por el tamaño del colectivo científico de la ciudad; sin embargo, la

visibilidad social de ese colectivo, la presencia de la ciencia en Sevilla es insignificante, muy por debajo de lo que debería ser por la calidad y la importancia de lo que producen.

Pocas actividades cabe imaginar más abiertas al mundo, más universales y más innovadoras que la científica. Nunca dejó de estar presente en la historia de la ciudad —del periodo árabe hasta nuestros días— ya fuera con más o menos brillantez, ya estuviera dificultada con más o menos impedimentos. En las tres últimas décadas, sin embargo, ha llegado a cuajar una comunidad científica sólida y estable que, acaso por primera vez, está generando escuela, esto es, se prolonga más allá de la vida de sus científicos más ilustres. Abanderada por un cada vez más nutrido grupo de investigadores e investigadoras que se dedican a la biología, matemáticas, física, química, ingeniería y medicina que trabajan en las fronteras del conocimiento y la tecnología, Sevilla empieza a tener un sitio en el mapa científico mundial. Es, desde luego, una posición modesta todavía, quizá menos brillante de lo que podría ser si hubiera habido una apuesta más decidida e inteligente por parte de las administraciones autonómica y local, pero es ya más que un germen de ciencia de calidad la que se asienta en la ciudad. Aquí se puede apreciar el carácter endiablado que tiene la subvención como herramienta de progreso: la ciencia, sobre todo la básica, tiene que ser apoyada por la administración pública y también las empresas privadas; esto es algo que los países más desarrollados aprendieron y pusieron en práctica desde hace ya muchas décadas, por no decir siglos. El apoyo público a la ciencia se puede hacer de varias maneras. Primando la calidad y excelencia, concentrando el máximo de recursos en los mejores, es una de ellas; esta es la forma más habitual de proceder en los pagos con gran tradición científica. Otra forma es apostar por dejar contentos al mayor número de científicos repartiendo el dinero sin preocuparse mucho por la calidad e interés de lo que producen, para que llegue al mayor número de ellos —en menor cantidad necesariamente al ser más entre los que se reparte—; ese es el modelo que llevamos usando en Andalucía desde hace veinte años. Teniendo en cuenta la situación de la ciencia sevillana y andaluza a mediados de los 80, esa apuesta inicial de los primeros planes andaluces de investigación por financiar a muchos quizá fuera acertada, porque era necesario crear una masa crítica de científicos en la Comunidad Autónoma; tal vez en esos momentos hubiera sido algo suicida exigir un marchamo de calidad que muy pocos habían alcanzado. Pero esa inercia tenía ya que haber sido corregida hace años, porque hoy en día esa masa crítica de científicos y científicas ya existe y es por tanto imprescindible cambiar los criterios de reparto hacia los modelos más avanzados que priman la calidad y excelencia de la investigación que se financia; de otra forma estaremos engordando una red científica de carácter clientelar fofa y mediocre, aunque satisfecha y agradecida con quien gobierna porque apenas le exige esfuerzo ni calidad en la ciencia que produce para darle las migajas que le corresponden en un reparto sin criterio. Lo mejor de la ciencia andaluza está demandando, además de ese cambio en los criterios de financiación científica, la creación de infraestructura científica apropiada —léase Institutos y Centros de Investigación— que potencien un trabajo más eficaz: proyectos éstos que deberían ser científicos y no políticos —el corto plazo del político es incompatible con el medio o largo del científico—, no supeditados a personas concretas, con selección de personal a nivel

universal y por méritos científicos, con buena financiación y adecuada asistencia administrativa que permita al colectivo científico hacer ciencia y no burocracia; todo ello controlado por periódicas auditorías científicas — formadas por paneles de personal experto nacional e internacional— y económicas.

La ciencia en Sevilla echa también en falta un entorno empresarial y tecnológico adecuado con el que pueda desarrollar programas complementarios a la actividad científica; seguramente también el colectivo científico, acostumbrado al sosiego del ámbito universitario, muestra falta de agresividad para interaccionar con las empresas en lo que podría suponer un factor importante de innovación.

Se detecta también una falta de reconocimiento social hacia la ciencia, lo que se manifiesta en la ausencia de información y divulgación científica en los medios de comunicación locales. Faltan también programas de difusión científica en la escuela, puentes entre científicos y divulgadores y acciones acaso más decididas como pueda ser un Museo de la Ciencia.

Esa desgana que transmiten los medios por lo científico, no se sabe si como reflejo de la apatía ciudadana o como una más de sus causas —o, lo que es más probable, mitad reflejo mitad causa—, no se compadece bien con una serie de decisiones fundamentales que en el corto plazo deberá tomar nuestra sociedad y donde la opinión científica es fundamental. Vamos a tener que pronunciarnos sobre política energética —sí o no a las plantas nucleares—, regulación de las biotecnologías, etc., y para ello es mejor que estemos informados de lo que significa cada opción y de los peligros presentes y futuros que conlleva. A nadie se le escapa que ese tipo de decisiones son importantes, acaso trascendentales, porque nos jugamos la supervivencia del planeta, por eso no deja de sorprender la desproporción abismal que hay entre el espacio y el tiempo que los medios de comunicación locales dedican a la ciencia con el que dedican a las cofradías o a los equipos de fútbol. Aunque pensándolo bien, acostumbrados como estamos a los calores, qué más da que el cambio climático nos regale con dos o tres grados más, cuando está en juego quedar por encima o por debajo del eterno rival o montar un exorno floral más impactante y oloroso que el montado en el paso de la competencia.

Son principalmente las universidades las instituciones que acogen al colectivo científico sevillano —y también, aunque en menor medida, el CSIC—; sobre todo, por su tamaño, la Universidad de Sevilla. Esta no es ajena a lo comentado antes sobre otras instituciones públicas: a pesar de ese dinamismo científico que alberga, parece favorecer más lo tradicional en vez de proyectar un potencial dinamizador. Es importante llamar la atención sobre este escaso impacto innovador que la Universidad, como institución, tiene sobre la ciudad, como si los cargos académicos se contagiaran de la liturgia tradicional y acabaran mimetizados en el entorno tradicionalista de la ciudad; buen ejemplo de lo que decimos fue la celebración de su 500 aniversario: basado más en un regodeo, algo injustificado, con un pasado poco glorioso, que en una razonable autocrítica de lo que fue ese pasado buscando ideas y mejoras que permitan un futuro más brillante. En cualquier caso la efemérides no tuvo en Sevilla toda la trascendencia pública que debiera —lo que acaso no fuera culpa de la institución—: compárese si no el brillo apagado que produjeron las 500 velas de ese cumpleaños con el resplandor de las 100 de los equipos de fútbol.

La Universidad de Sevilla es un ente tan heterogéneo que es inevitable no cometer errores de apreciación al hacer consideraciones generales sobre ella, pero aún siendo conscientes de este riesgo, no dejaremos de denunciar un aspecto de especial relevancia. Ese aspecto viene a explicar un pesado lastre que sufre la Universidad y que tiene sus causas en la guerra civil. Hubo todavía algo peor para la capacidad intelectual de este país que la sangría de cerebros que se exiliaron, o fueron fusilados o quedaron aquí marginados después de la guerra civil. Ese «algo peor», al que nos estamos refiriendo, fueron los muchos personajes mediocres, cuando no manifiestamente inútiles, adictos al régimen franquista que ocuparon los puestos de los expulsados. Porque fue inevitable que estos incapaces crearan escuelas —aunque mejor sería llamarlas secuelas— en la Universidad. Y esa podredumbre que nos legó el franquismo todavía se hace hoy sentir en determinados departamentos y aun facultades, donde el fenómeno fue además realimentado a partir de los 60 con la incursión del Opus Dei. Desde luego a ello contribuyó la endogamia propia de un régimen dictatorial como el franquista, pero ya en democracia, el sistema endogámico de acceso al profesorado propiciado por la LRU —vigente hasta hace apenas unos años— no hizo sino propiciar el mantenimiento de esas lamentables secuelas.

Mirándonos a la cara y en los ojos de los demás

Una buena forma de mirarnos a nosotros mismos es considerando las fronteras que Sevilla, como colectivo de hombres y mujeres, establece en los diversos ámbitos que componen su espacio de existencia, esas salvaguardas que sus distintas componentes establecen ya sea frente a un exterior ajeno, ya sea entre ellas. Fronteras que, en muchos casos, están contaminadas de tradicionalismo y acaban convirtiéndose en límites para la evolución, el crecimiento y la innovación.

Nos interesa especialmente aquí considerar el *cierre tradicional*. En este sentido conviene apuntar que modernidad y tradición pueden coexistir, aunque esa convivencia se torna más difícil cuando la tradición deriva en tradicionalismo y pasa a propugnar una defensa a ultranza de todo lo que procede del pasado —ya sea real o imaginario—, lo que inevitablemente deviene en comportamientos retrógrados. Otra cara del cierre tradicional es la cerrazón frente a los de fuera —o lo de fuera—, que tienen —tiene— aquí escasa acogida, salvo que se enamoren perdida y públicamente de los ritos de la ciudad. La piel de los sevillanos —no la de todos evidentemente— presenta una especie de sarpullido cuando se expone a lo foráneo, a lo diferente, a lo innovador, lo que parece curarse con friegas de las más puras esencias de la tradición. Nadie es profeta en su tierra, pero no es extraño que aquí quien quiere hacer algo distinto acabe en el exilio.

El cierre tradicional se extiende también al ámbito de la vida cotidiana. Es cuestionable que la ciudadanía de Sevilla afronte la vida de una manera especial; no son precisamente exclusivos de aquí, por poner un par de ejemplos, esos centros comerciales que empiezan a acaparar buena parte del ocio ciudadano, ni tenemos sastrerías propias que nos vistan con un estilo distinto, ni peluqueros, ni esteticistas que nos compongan una imagen característica sevillana. Lo que no quita para que una acumulación de circunstancias ejerza a manera de nicho ecológico o ecosistema y fuerce cierto comportamiento común de los que aquí viven: el clima, el espacio

urbano —que establece fronteras según el barrio de Sevilla, o el pueblo del área metropolitana que se habite—, los hábitos alimenticios, el mayor o menor carácter participativo en lo religioso, lo deportivo, lo intelectual, cierta tradicional resistencia a salir fuera de la ciudad —ya sea por condicionantes económicos o culturales: no abundan aquí precisamente los políglotas—, etc. Hemos escrito ecosistema cuando es más correcto hablar de ecosistemas, en plural; esto quedará más claro con la introducción del siguiente cierre.

Otra frontera o cierre que ilustra muy bien cómo es la sociedad sevillana es el *cierre comunitario*. Esta frontera viene a explicar la forma en que cada comunidad establece los modos de relación entre sus miembros, que hace que éstos se reconozcan como afines o diferentes, en función de un complejo conjunto de señas de identidad y pautas de comportamiento. Este proceso ha dado lugar en Sevilla a la formación de diversos círculos sociales con rígidas normas de inclusión-exclusión, en donde las formas y etiquetas adquieren gran importancia —y genera los varios ecosistemas a los que nos referíamos antes—. Por ilustrar con un ejemplo, estos círculos que genera el fuerte cierre comunitario de Sevilla son fáciles de detectar en la Feria, donde su rotunda manifestación toma la forma de las vallas y los guardias de seguridad que determinan quién y quién no puede acceder al ámbito de la caseta. El resultado es una sociedad en la que cobra una enorme importancia la visibilidad asociada a cada círculo, y donde la falta de coalescencia entre dichos círculos sociales, que hace prácticamente imposible el tránsito de personas entre ellos, acaba generando cierta falta de estímulos para la superación personal.

De forma complementaria con el cierre comunitario actúa el *cierre igualitarista*, con la consecuencia de que nuestra sociedad se mueve pendularmente entre el elitismo y la inevitable reacción igualitarista. Y, si ser una sociedad estamental y elitista comporta un fuerte cierre, el igualitarismo adolece también de graves limitaciones: el que va del «nosotros nos los merecemos todo y vosotros nada» al «todos nos lo merecemos todo», saltándose un punto de equilibrio en el que los merecimientos de cada persona se relacionan con sus méritos y aportaciones; lo que podríamos llamar una meritocracia igualitaria que genere motivación en los individuos haciendo posible y visible la mejora personal y colectiva mediante el esfuerzo. El igualitarismo, lo mismo que el elitismo basado en la pertenencia grupal, arruina ese espíritu de progreso vaciando de sentido el esfuerzo de superación, tan necesario en una sociedad innovadora. Cuanto mejor sería que fueran los méritos de cada cual el mecanismo que permitiera el ascenso social, político, etc., en lugar de la cooptación partidista o el amiguismo.

La cuarta frontera que consideraremos aquí es el *cierre centrípeto*, esto es, la presencia de un núcleo central tan potente como para hacer que todos los elementos de un conjunto miren y atiendan fundamentalmente hacia ese centro. En el caso de Sevilla, es fácil identificar ese núcleo central en su centro histórico. Este territorio desborda lo meramente geográfico o topográfico, y a una monumentalidad ciertamente espectacular une un poso histórico y cultural muy considerable que ha ido depositándose en la memoria colectiva a lo largo del tiempo en sedimentos cuasi geológicos; esa estratigrafía histórica, interior y colectiva, es fácil de observar en el exterior arquitectónico de bastantes monumentos; tomemos la Giralda como ejemplo, encontramos restos romanos en sus basamentos, aunque su

cuerpo principal es almohade, pero su campanario renacentista, y aún hace apenas unos años se le añadió un último estrato, un innovador aditamento arquitectónico: la iluminación nocturna del monumento. Hasta hace tres o cuatro generaciones, Sevilla era única y exclusivamente ese centro monumental que la historia nos legó y que es la prueba de cargo que nos recuerda que un día fuimos ombligo del mundo y hoy no lo somos. Si consideramos el área metropolitana de Sevilla como una casa andaluza tradicional, el centro histórico sería el patio: un recinto ajardinado a cielo abierto, de límites definidos que interpreta en su interior el universo; los visitantes de fuera vienen a Sevilla a pasearse por ese territorio, al igual que les pasa a los que viven en su área metropolitana. El centro brilla todavía más dada la poca gracia con que los barrios de Sevilla se han construido. Casi todos son de aluvión, sin ninguna planificación ni urbanización previa —salvo acaso el lujoso territorio alrededor del parque de María Luisa que legó la Expo del 29—. En su mayor parte están huérfanos de edificios públicos, orfandad que alcanza lo melodramático en lo relativo a la gran infraestructura cultural toda, o casi, acumulada en el centro; en cuanto a las edificaciones privadas no se proyectaron buscando la adecuada escala territorial o humana —conceptos que se vinculan entre sí a través del objeto arquitectónico—. En consecuencia sus calles, avenidas, plazas y parques —inexistentes estos últimos en algunos casos— no se organizaron con ese fin, ni tampoco se planificaron sus redes de transporte público de forma eficiente. Todo esto no ha acabado contribuyendo precisamente a un crecimiento armónico de la ciudad, ni ha producido una reinterpretación de los elementos esenciales y positivos del centro histórico de Sevilla en términos de la nueva ciudad construida a su alrededor —compárese con *L'eixample* de Barcelona—. Vistos desde el centro, la mayor parte de los barrios y municipios del extrarradio de Sevilla son no-lugares. Naturalmente, aquí se da un camino de ida y vuelta, y entre los habitantes de la periferia es cada vez más frecuente ver al centro como algo ajeno a sus vidas, donde es difícil buscar el tiempo y la oportunidad del encuentro sin los cuales ninguna sociedad civil es posible, un espacio de paso, de consumo o al que llevar la cofradía local, un territorio foráneo al que se va casi como turistas.

Sevilla desbordó sus murallas hace relativamente poco tiempo: un siglo; y hace todavía menos, tan sólo un cuarto de siglo, que logró desatar las cadenas que las vías en superficie del tren habían trenzado separándola del río (calle Torneo) y separando el centro de todos los barrios al este de la ronda histórica. El desarrollo urbanístico y el crecimiento demográfico de las últimas décadas han convertido la ciudad en una metrópoli. Sin embargo, Sevilla presenta todavía hoy una estructura cortesana, que mira hacia su interior —representado por ese centro tan cargado de monumentos e historia—; algo opuesto y difícilmente compatible con el concepto de metrópoli, de ciudad abierta, al que Sevilla, como capital además de Andalucía, debería aspirar. En cierto sentido, el centro de Sevilla reproduce con respecto a los barrios y los pueblos del área metropolitana la misma incapacidad para articularse que Sevilla con el resto de la comunidad autónoma: ¿cómo puede aspirar a ser, legítimamente, cabeza visible de toda Andalucía una ciudad que es percibida por todos tan profundamente ensimismada en torno a su *onphalos*? La solución para articular adecuadamente ese centro todopoderoso con el conglomerado de barrios y pueblos que es hoy Sevilla no la va a aportar, desde luego, la tradición, por

la sencilla razón de que para ella sólo hay una Sevilla, la de siempre, la eterna, la intramuros, la platea que acoge buena parte de las celebraciones públicas. Lo demás, con su especulación galopante, con sus SE-30, con sus problemas de saturación, marginalidad y desarraigo, no es algo que la tradición crea —ni haya creído nunca— conveniente considerar. Aquí, ese acto innovador que supone la mirada afuera, a lo que ocurre en otros lares, es más que pertinente porque esa retahíla de problemas y aún otros más que se dan en nuestra ciudad no son, sin embargo, exclusivos de ella.

En este sentido, pensamos que el promover y defender valores innovadores para nuestra ciudad, que equilibren el binomio tradición/innovación, trasciende el ámbito del problema específico donde ese desequilibrio es más manifiesto: (a) la dificultad que tiene la sociedad sevillana para aceptar nuevos valores culturales, y (b) su propensión a darse a conocer mundialmente como ciudad-paradigma de un sistema de valores tradicional e inmutable —del que muchos de los que vivimos aquí nos sentimos excluidos—. Preocuparse del desequilibrio entre tradición e innovación no debe interpretarse como una muestra de indiferencia ante otros problemas más graves con que se enfrentan la ciudadanía sevillana. Más bien al contrario: esa defensa de la innovación, entendida como el cuestionamiento permanente de la realidad presente capaz de introducir cambios sobre los modos tradicionales de actuar que permitan afrontar mejor el ahora y el mañana, es fuente de inspiración y herramienta necesaria para afrontar los problemas que aquejan a una sociedad moderna como la nuestra.

La convivencia ciudadana tiene como escenario principal el espacio público, que existe físicamente pero también funcionalmente. El hecho físico es difícilmente mutable, la funcionalidad es versátil y está en gran medida en manos de la comunidad y de su administración municipal.

La irrupción del coche supuso y supone aún el mayor de los conflictos habidos en el mantenimiento del difícil equilibrio entre el uso público y privado de los espacios comunes de la ciudad. Es un conflicto generalizado en todo el mundo, al que no queda más remedio que enfrentar con soluciones innovadoras basadas en un adecuado uso del transporte público —para lo que es imprescindible, primero, que exista y, segundo, que sea eficiente— o medios alternativos como la bicicleta —para lo que es imprescindible hacer más seguro su uso con la adecuación de carriles—. Sevilla tiene algún problema añadido en ese aspecto. Por un lado, su casco histórico no fue desde luego pensado para el coche; aquí quizá se echa en falta una política más decidida en pro de una peatonalización racional, apoyada de nuevo en un transporte público adecuado a sus circunstancias. Otro problema viene producido por ciertos usos poco cívicos, pero bien arraigados, de los conductores, de los que desde luego no tenemos la exclusiva pero que tampoco son comunes en otras partes de España o de Europa, donde no es tan frecuente como aquí ver esas dobles y triples filas en casi todas las calles en que se pueden montar, con coches bloqueados y tráfico obstruido para los autobuses urbanos. También se detecta un déficit de infraestructuras que articule el área metropolitana, donde las actuaciones no se corresponden con el crecimiento casi brutal experimentado en los últimos años; una adecuada red de cercanías bien trabada con el metro, y otra ronda de circunvalación son acciones que hace tiempo se deberían haber emprendido.

La riqueza y diversidad cultural de una ciudad debe tener reflejo en sus calles, plazas y parques. La apropiación del espacio público para manifestaciones culturales o religiosas cuando se hace en clave democrática, con consentimiento social y en un contexto de tolerancia y equilibrio, es legítima. Aunque no siempre es así en el caso de Sevilla. El tradicionalismo tiene en las calles sevillanas un protagonismo exclusivo y excluyente: la Semana Santa —en sentido amplio—, sobre todo, pero también el Corpus, la Feria o el Rocío —colapsando los accesos a Sevilla cada vez que hay salida o entrada de una hermandad—. Exclusivo: porque quienes tanto abusan del espacio público llevan mal cuando ese mismo espacio se trata de usar —de manera infinitamente más medida, además—; para cualquier otra actividad que no huelga a incienso claman entonces al cielo, se rasgan las vestiduras y montan desagravios y se sienten ofendidísimos, aunque no acaban de reparar en lo ofensivos que suelen resultar los insultos, calumnias e improperios que ellos tan acostumbrados están a dirigir a los demás. Excluyente: al que no le guste que no vaya, suelen decir, sin caer en la cuenta de que no es que vayas, es que vives allí. O sí que caen, porque cada vez más se suele oír: si no te gusta te vas esos días a la playa. Otro ejemplo de lo que se dice: no es extraño ver en Semana Santa a bastantes desaprensivos haciendo aguas menores por las esquinas, pero a nadie se le ocurre culpar de tan desafortunada circunstancia a las cofradías; tienen ahora cinco segundos para adivinar a quién se culpa si la cochinateda se produce a la vez que en un espacio público tiene lugar una manifestación cultural de las consideradas no tradicionales.

Huelga comparar la metafísica de todas esas manifestaciones tradicionales con las de otros lares: el día de San Jordi en Barcelona o la Feria del Libro en Madrid; la de aquí daba pena mientras estuvo controlada por las administraciones públicas, hasta que hace apenas un lustro tomaron la iniciativa los librereros: han conseguido estabilizarla en un espacio geográfico y temporal —en el centro y en primavera—, arroparla de una continua actividad cultural y cambiar no pocas cosas más que no funcionaban —innovaron en suma—, y ahora la cosa parece ir imparable hacia arriba.

Las manifestaciones principales tienen además un carácter religioso —sobre cuanto hay de pagano o de cristiano en ellas es algo que no vamos a aquilatar aquí—, por lo que el abuso del espacio público tiene mucho que ver con esa falta de respeto que esta ciudad suele mostrar por lo laico, a pesar de ser este un país constitucionalmente no confesional. Históricamente aquí lo innovador se ha asociado con lo laico —el regeneracionismo, la República—, y nos parece correcto que así sea porque necesariamente hay que apostar por que lo laico sea más respetado si queremos equilibrar un sobrepeso católico a todas luces excesivo: piénsese si no en la larga lista de prebendas que la Iglesia católica obtuvo por su apoyo incondicional al golpe de estado de Franco, al bando fascista durante la guerra, y a la eterna dictadura que siguió, prebendas de las que todavía hoy usa y abusa tras treinta años de democracia.

Otra forma de indagar en lo que somos es observarnos en los ojos de los que nos visitan. Lo que a menudo se convierte en algo arriesgado, porque la mirada del otro es un abismo donde uno ve lo que acaso no quisiera ver.

En el caso de Sevilla pocas dudas hay sobre cómo la ven los de fuera: en los ojos de nuestros visitantes brilla con intensidad la luz del tópico. Agradecen que seamos una ciudad lúdica donde tan agradable es pasear de taberna en taberna; el mejor rincón del mundo para comer jamón y beber fino y manzanilla; «un paraíso para literatos que dedica al placer quinientas tabernas y al saber una sola librería» según reza un apotegma recogido por un alemán enviado especial a la ciudad; un sitio ideal para meditar, sobre todo si tenemos en mente escribir un elogio de la pereza. ¿Y qué decir de los toros y de nuestros Señores de pasión, de Carmen y de nuestras Vírgenes, del Sevilla, del Betis y del flamenco? Afortunadamente el resto de andaluces —no todos pero sí muchos— ponen una pizca de pimienta en la empalagosa dulzura de tanta ambrosía: ellos nos ven con desconfianza, y no radiando esa luz deslumbrante del tópico, del que ellos también van sobrados, sino más bien absorbiéndola, como un agujero negro, porque no contentos con ser ombligo del mundo queremos ser además capital de Andalucía, o al revés.

Al igual que la conjunción de los colores básicos compone la luz blanca, la luz especial que dicen tiene Sevilla la crea el ramillete completo de sus tópicos. Y acaso poco se gane con dolernos o sentirnos molestos porque sea «esa luz especial» la única que refleja la mirada del foráneo: eso algo querrá decir. ¿Qué culpa tiene el que viene por aquí de tanto en tanto en dejarse seducir por el tópico? Acaso tan poco como cuando confundimos con un lunar la verruga que luce en la barbilla un —o una— amante ocasional. No nos debe pues extrañar que la Sevilla hecha a golpe de tópico seduzca y complazca al visitante —lo que además no es exclusivo de esta ciudad—. Lo malo es que esa visión de los visitantes reafirma el narcisismo sevillano porque es inevitable, incluso para las personas más reflexivas, no henchirse ante el halago externo y sentirse invitado a reproducir todo ese mundo tradicional que nos identifica. De ahí que no quepa sorprenderse de que esa complacencia con el tópico arrebate también a muchos y muchas de los que aquí viven —que igualmente sostienen que no es verruga sino lunar— en vez de producirles hartazgo por sobredosis. El problema surge cuando esa manera de entender la ciudad se convierte en la única permitida, en exclusiva y en excluyente de cualquier otra visión posible. Se hace patente cada vez que los tradicionalistas cogen el tópico por el mango y la emprenden a sartenazos con quienes no gustan de determinados usos y costumbres, o sí que gustan de ellos pero quieren además abrirse a otros. El problema es que la presencia omnipotente del tópico en los medios de comunicación arroja un manto de invisibilidad sobre todas las realidades alternativas, convirtiendo cualesquiera otras actividades ajenas al tópico, por buenas, muy buenas o excelentes que sean, en inexistentes.

Hay quien defiende el tópico a capa y espada porque produce beneficios económicos. Y no se dan cuenta de que acaso produciría muchos más a poco que lo innovaran. Es sorprendente ver la ceguera que muestra el tradicionalismo cuando defiende que el tópico no admite evolución, cuando la historia enseña que ni siquiera los tópicos son inamovibles, que evolucionan y que es incluso inteligente adaptarlos. Pero tampoco hace falta acudir a sesudos ensayos historiográficos para darse cuenta de esto: la Coca-Cola tiene casi tanta tradición como la Feria de Abril y sería difícil decidir cuál de ellas explota más los tópicos; ahora bien, en cinco segundos, ¿quién piensan ustedes que saca más partido económico de la innovación continua de sus tópicos? El conjunto de tópicos de Sevilla —esos que

conforman su luz especial— son su imagen de marca y sería estúpido renunciar a ella si es mundialmente conocida. Pero aquí cabe también la innovación, e igualmente sería de estúpidos no hacerlo, no añadir más elementos a esa imagen que permitan sumar visitantes. Tal vez diversificando las actividades asociadas a esa imagen de marca, emprendiendo actividades que a base de abrir ligeramente el abanico de posibilidades las vayan ampliando, se pueda incrementar esa actividad económica ligada al turismo, y engordar algo lo que la ciudad recauda por unos festejos que tanta energía consumen y cuyos réditos son, según vimos antes, bastante más escuálidos de lo que los poderes públicos quieren reconocer. De todas formas, para los que vean la salvación económica en la atracción de turistas que pueda atraer el tópico —incluso innovado— dejamos aquí la siguiente cita —larga pero sin desperdicio—: «Las ciudades no mueren como los individuos; cuando ya han perecido, su gran caparazón permanece inalterable a flor de tierra, y pasan sobre él lustros y décadas sin que se advierta signo alguno de descomposición más alarmante que los que se advierten hoy en Sevilla. La vida de los ciudadanos sigue su curso normal; hay gentes que se enriquecen y gentes que llegan al límite extremo de la pobreza, si es que para la pobreza puede haber límites; hay alegres festejos populares, y las calles se llenan de muchedumbre; hay fastuosos comercios y escaparates llenos de luz; las *fuerzas vivas* se afanan y ajetrean politiqueando siempre; pero la ciudad —como le pasó a Toledo, a Brujas, a Venecia— se ha ido muriendo poco a poco, imperceptiblemente. Y llega un momento en que sólo viven de su carroña los gusanillos del turismo. Rota su conexión con el cuerpo vivo del mundo, fuera de órbita, la ciudad, paralizada, se va quedando atrás, cada vez más distante y perdida, hasta que un buen día un Ruskin o un Barrès la descubren en calidad de reliquia...». La cita no es de hoy: pronto cumplirá 75 años; es de Manuel Chaves Nogales de segundo apellido, naturalmente, y apareció en *Ahora* el 25 de mayo de 1932. Chaves Nogales, es bien conocido, acabó en el exilio.

Mirando la cartelera

La cultura acaso sea, junto con la economía, la ingeniería y la ciencia, otro polo especialmente revelador de la capacidad innovadora de una ciudad. Aquí estrecharemos el uso del término cultura desde su más amplio sentido antropológico —cualquier alteración, manipulación, transformación de la naturaleza, *natura*, lo que incluye, por ejemplo, a la agricultura—, aunque permitiéndonos incluir en él, tanto las expresiones espirituales o la índole de las costumbres, como lo que podríamos llamar cultura de consumo —esto es, cultura entendida como producto, incluyendo necesariamente las connotaciones económicas, sea éste o no de vanguardia—.

Las expresiones del primer tipo —o sea, el campo de indagación de la antropología cultural— son en el caso de Sevilla especialmente relevantes y pretenden ser la prueba de una supuesta idiosincrasia colectiva, de un modo peculiar de encarnar y dar expresión a las estructuras de lo imaginario. Lo que esta ciudad considera sus muestras culturales —aunque con frecuencia desbordan el ámbito de la cultura— más propias y distintivas, la Semana Santa, la Feria, el Rocío y, en menor medida, la Cabalgata de Reyes, han acabado conformando un núcleo centrípeto, un sentido de pertenencia, rayano en lo vacuo y narcisista, que procura hacer a

Sevilla indiferente a nada exterior a sí misma, como si hubiera sido concebida apriorísticamente eterna e inmóvil. Negar que esos grandes acontecimientos culturales cambian, se ha convertido, además, en una de sus señas de identidad. Esa insistencia en la constancia de su ser, en que andan empeñados los tradicionalistas, por encima de los muy buenos estudios antropológicos que sostienen con datos y hechos lo contrario, acaba por contaminar a todo el ámbito cultural sevillano. Porque tras escuchar mil y una veces lo pernicioso que es cambiar siquiera sea un ápice de lo que ya es perfecto, acaba el personal convencido, por puro contagio, de que los cambios, cualquier cambio incluso los buenos, no sólo son malos sino que hay que impedirlos y, en todo caso, silenciarlos y ningunearlos si acaso acaban produciéndose.

Y, sin embargo, como en casi todos los otros aspectos tratados en este documento, hay mucha más actividad cultural en Sevilla y más variada que la representada por esas tradiciones. Sevilla dejó de ser ese páramo cultural que fue durante toda la dictadura, cuando el tradicionalismo se convirtió en religión de obligado seguimiento, y la primera década de la democracia — cuando, por ejemplo, el Teatro Lope de Vega estaba en obras y la ciudad quedó huérfana de teatros: como cuando la intolerancia religiosa más cerril y analfabeta casi consiguió la prohibición de las representaciones teatrales en el XVIII (excepto la de la Semana Santa naturalmente)—. La ciudad cuenta hoy con muchos espacios escénicos funcionando, tanto públicos como privados —que van desde lo clásico a lo más contemporáneo—, un teatro de la ópera, orquesta sinfónica, orquesta barroca, un centro andaluz de arte contemporáneo, y es posible que la proporción entre librerías y tabernas siga siendo de una entre quinientas, pero tenemos hoy más librerías que aquella solitaria que cantaba el apotegma alemán —da que pensar, sin embargo, que todos esos teatros y actividades culturales tengan mayormente por escenario el centro de la ciudad—, por no hablar de otras actividades más subversivas. Pero todo ello permanece a menudo invisible, oculto unas veces por el traslado de una imagen —¡y tenemos tantas!—, o por los *derbis* nuestros de cada temporada —que además hoy tienen hasta novena y “día después”—, o por la primera de abono —a la que sigue la segunda, tercera, ...—, o porque el alcalde pone la primera bombilla de la Feria —¡y hay todavía más bombillas que Virgenes!—, o porque la quita, o por los fastos del día del Corpus, o de la Patrona, o porque Triana sale para el Rocío ... y luego, claro, porque regresa. Cualquiera diría que aquí lo único que preocupa es perpetuar esas tradiciones y rituales, a lo que tan decididamente se unen las administraciones públicas —ya sean de derechas o de izquierdas— y casi todos los medios de comunicación, como si al no dar nuestra tierra más que para realidad nacional hubiera que potenciar esas tradiciones hasta convertirlas en los factores identitarios de nuestra comunidad.

Si miramos a la cultura de consumo, partimos, como en casi cualquier otro sitio, de un fondo de «deseducación estética» que lleva a menudo a considerar lo *ocioso* en su acepción más mezquina, la de lo innecesario, como si olvidásemos esa otra más rica, la de lo relativo al tiempo libre. «La persona en el pueblo» que reivindica Agustín García Calvo se convierte así en «masa de individuos» que no buscan más que entretenimiento, lo que no es necesariamente malo salvo si se convierte en lo exclusivo y, por tanto, degenera en una banal y reiterativa ratificación de lo ya poseído. Evitar esto

acaso sólo sea posible a través de la insistencia en el debate civil y a través de una intensa tarea educativa. Debate civil que debería desarrollarse lejos de la influencia de los poderes establecidos, por difícil que esto sea, dada la dependencia que tiene buena parte de la Cultura de las subvenciones. Y no es que ese mecenazgo público sea necesariamente pernicioso —acaso no venga mal como defensa frente a los excesos del mercado—, mientras no sirva para que con el dinero de todos paguemos a los políticos una corte de pintores, músicos, escritores, modistos y artistas varios que sólo sirvan para engordarse mutuamente el ego, con las consecuencias nefastas que esto habitualmente acarrea: siempre alguno acaba reventando de gusto y poniéndolo todo perdido con la nada sonrosada que guardaba dentro.

Quizá debemos tomar nota de la tradición en lo que tiene de éxito educativo, pues no debe de ser ajena a la instrucción por medio de la acción docente esa continua aportación de material humano que recibe en Sevilla. No tomar en consideración la cuestión educativa con la seriedad que merece significaría resignarse a no contar en el futuro con personas que vivan la cultura o que se acerquen a ella como un instrumento de autoconocimiento y de exploración del mundo —aunque no sólo, que sin un poco de pimienta lúdica las jaquecas acaban siendo inevitables—. Significaría alimentar la existencia de un ente borroso y colectivo compuesto por máscaras, un público que paga, consume y desaparece y al que le es por supuesto más cómodo verse ratificado en todo aquello que no supere lo convencional, lo idéntico a lo que ya se conoce, que no lo obligue a indagar en la diferencia. Sería preciso romper el círculo de la facilidad insustancial, pero sin que eso suponga aislarnos en la contemplación tan extasiada como idiota y tan exquisita como estúpida de lo que no tiene sustancia. Bien está desarrollar cierta capacidad de análisis que permita una resistencia para no acabar deglutiendo como cerdos cualquiera de las bazofias con que las grandes productoras y sus ilimitados recursos publicitarios —a los que a menudo dedican más dinero que a elaborar sus productos— nos quieren engordar, pero sin que eso nos suponga generar una alergia enfermiza a lo entretenido, en el sentido más noble del término, que nos lleve como zombis a preferir lo minoritario sólo por serlo, o a valorar lo ajeno sólo porque es producido por los otros. Si hay algo aún peor que la obesidad mórbida que produce el rancho de la cultura basura, eso es la bulimia cultural a que inducen algunos gurús del arte contemporáneo cuando nos califican de analfabetos si ante una escombrera insípida por ellos recomendada no se nos afloja el esfínter de lo estético y nos vamos la pata abajo de puro gusto.

Mirando el futuro

Mirar al futuro, en el contexto de este documento, viene a ser una metáfora de hacer propuestas. El término *propuesta* hay que entenderlo en sentido amplio, de manera que la definición del diccionario «idea que se manifiesta y ofrece a uno para un fin» pueda quedar en unos casos desbordada por lo concreto y en otros por lo genérico. A la par que propuestas son reflexiones abiertas al debate, cuya implementación va dirigida a la sociedad civil y a las instituciones públicas.

Naturalmente antes de proponer hay que precisar ese fin para el que se hace la propuesta. Dado que este documento pretende aquilatar el desequilibrio entre tradición y modernidad en Sevilla, buscar las causas que lo generan y hacer propuestas que lo corrijan, conviene sintetizar en una conclusión básica lo analizado en las páginas precedentes. Concluimos pues que: el desequilibrio entre tradición e innovación es real, como los datos, razones, y análisis anteriores ponen de manifiesto, aunque desigual según los distintos ámbitos y aspectos que conforman la compleja sociedad sevillana actual; se constata, sin embargo, que es menor de lo que en un principio se podría pensar ya que el desequilibrio queda potenciado por una falta de visibilidad, de vertebración y de coordinación, de los sectores o las actividades más innovadoras frente a lo que significan las más tradicionales, perfectamente vertebradas y con una presencia abrumadora en los medios y en las calles —lo que hay que evaluar más como negativo que como positivo—. El fin por tanto que perseguimos al hacer nuestras propuestas es doble:

- (a) por un lado, vertebrar y hacer más visible, y por tanto más influyente, esa cara oculta de una realidad poco conocida: la Sevilla de la innovación;
- (b) por otro, concienciar de lo conveniente y necesario que es el cambio en cualquier ámbito de la vida si es a mejor, sin que eso suponga renunciar a lo bueno que sin duda la tradición aporta.

LISTADO DE PROPUESTAS

Los promotores y firmantes del manifiesto de ISA queremos una Sevilla más abierta, libre, amable e innovadora, que se asemeje más a las ciudades contemporáneas más desarrolladas, aún preservando los rasgos más nobles de nuestra historia. Un objetivo como éste no puede alcanzarse por acciones emanadas en exclusiva de las instituciones públicas, sino que tiene que implicar una transformación social en la que participen los ciudadanos individualmente, las empresas, los medios de comunicación y las instituciones de la sociedad civil.

En una ciudad más estimulante para la vida deben predominar ciertos valores sociales: el respeto a la libertad; el conocimiento que nos humaniza; el aprecio por la innovación y la creatividad; la solidaridad social; el civismo; el reconocimiento del esfuerzo, la formación, el trabajo y la inteligencia; los valores laicos y éticos universales.

1. Propuestas dirigidas a los ciudadanos, empresas e instituciones de la sociedad civil

1.1. Sobre nuestra historia

- Aunque existen aproximaciones parciales de mérito, está por escribir una historia de Sevilla superadora de las mixtificaciones al uso. Una historia que no es identificable con las tradiciones, y que exige una revisión integradora de episodios silenciados por las aproximaciones más divulgadas. Una visión de la historia más ecuánime ayudará a los sevillanos a reconocerse en su génesis de forma más ponderada.

- Los sevillanos debemos reconocer nuestro desacierto por no conseguir que Sevilla sea asumida como capital de Andalucía. Sin duda existen otros factores externos que lo explican, pero el ensimismamiento sevillano y la

incapacidad para liderar la transformación de Andalucía explican también el recelo de muchos andaluces hacia Sevilla.

1.2. Potenciar las instituciones de la sociedad civil

- Sevilla concentra sus organizaciones civiles en los ámbitos religiosos, festivos y deportivos, pero el tejido de instituciones civiles de ámbito científico, económico, cultural, sanitario, educativo, social, medioambiental, etc. son escasas. Las instituciones civiles (independientes de los partidos políticos) interesadas en problemáticas sociales específicas se han mostrado en países más desarrollados como ámbitos creativos y de sociabilidad que contribuyen a la construcción de sociedades plurales.

1.3. Economía

- La sociedad sevillana es poco responsable económicamente, con muy bajo nivel de ahorro (lo que limita la capacidad de inversión) y escasamente emprendedora.

- Sevilla necesita más empresarios que diversifiquen la producción hacia nuevos bienes y servicios y operen en mercados globales, innovando, asumiendo riesgos y sin depender de las subvenciones.

1.4. Espacio urbano

- Los espacios públicos son de todos los sevillanos, aunque con frecuencia son monopolizados. Los ciudadanos deben ser agentes activos del civismo, con un comportamiento más decidido en la defensa de un clima social amable y de respeto, con el cuidado del patrimonio colectivo, con la atención a la limpieza de la ciudad y la preservación del medio ambiente urbano.

1.5. Vida cotidiana

- A pesar de los avances notables en los últimos tiempos es necesario seguir promoviendo la igualdad entre mujeres y hombres en ámbitos públicos y privados. La igualdad real originará nuevas oportunidades de desarrollo económico, social y cultural.

- La aceptación de hábitos sociales diferentes es una premisa para una sociedad moderna, así como el mantenimiento de actitudes positivas frente a posibles modificaciones de los hábitos y costumbres establecidos.

- La informalidad en las relaciones sociales no tienen por qué ser sinónimo de falta de respeto. A la sociedad sevillana le vendría bien disminuir la importancia de etiquetas y convencionalismos, y mostrarse más rigurosa respecto a la calidad y cumplimiento de los compromisos.

1.6. Medio ambiente

- A Sevilla le está costando aceptar que la conservación del medio ambiente es aún más importante que la Giralda. A ésta nadie se atreve dañarla, pero las actitudes respecto a los residuos, espacios verdes, emisiones, etc. son bien distintas.

- La vegetación es una seña de identidad de Sevilla que hay que cuidar y promocionar. El reciclaje, el transporte no contaminante, la limpieza, el silencio y otros valores ambientales deberían serlo igualmente.

1.7. Ciencia

- El papel de los científicos en la ciudad (y de las universidades, en particular) debe ser más notable. Aunque debe primar la ambición y la calidad de la investigación científica sobre otras motivaciones, la mayor participación en el tejido social de los investigadores y profesores y la asunción de actividades empresariales debe ser compatible con las tareas investigadoras.

- La creación científica está falta de visibilidad social, para ello los medios de comunicación deben facilitar la transmisión del conocimiento científico a la sociedad.

- Las universidades locales y otros centros de investigación deben tener mayor protagonismo social, aportando, desde la perspectiva que se espera de ellas (conocimiento racional e independencia) a los problemas colectivos.

1.8. Cultura

- La cultura es mucho más que una competencia administrativa. Solo mostrando interés activo por la cultura ésta puede desarrollarse socialmente.

- La diversidad es imprescindible para la cultura. Actitudes hostiles a lo foráneo o transgresor son corrientes en Sevilla, y deben ser desterradas.

- Para alumbrar una sociedad más culta y abierta al mundo es recomendable incorporar a los niños a las manifestaciones culturales contemporáneas.

- La oferta cultural de la ciudad (pública y privada) en los últimos años es amplia y variada, pero no siempre encuentra la demanda necesaria.

- La importante labor de las obras sociales de las cajas de ahorro se inclina en el caso de Sevilla por el elevado apoyo a actividades de carácter tradicional, frente al modelo de otras cajas españolas impulsoras de la ciencia e investigación y manifestaciones culturales innovadoras.

- Es conveniente alentar el mecenazgo.

1.9. Medios de comunicación

- Los medios de comunicación son con frecuencia las correas de transmisión que ensalzan y refuerzan la cultura y los comportamientos más tradicionales. Sin su concurso más proactivo difícilmente podrá alumbrarse una sociedad más innovadora. En particular, a los medios de comunicación públicos les corresponde limitar su énfasis en las tradiciones y reproductor de tópicos locales y atender en mayor medida a las nuevas expresiones de creación cultural, científica o social.

1.10. Apertura al exterior

- La frase atribuida a el Guerra (el torero) de que cualquier lugar está lejos de Sevilla sintoniza bien con la autocomplacencia sevillana y la renuencia a salir de la ciudad (si no es a la playa o algún lugar cercano), e implica una baja propensión de los sevillanos para conocer otros lugares y culturas. En un mundo crecientemente abierto se hace muy conveniente abandonar el ensimismamiento y animar a los sevillanos a que viajen con los sentidos abiertos para conocer.

- Si bien es un tópico generalizado la simpatía de los sevillanos hacia los visitantes, es frecuente que los forastero que viven en Sevilla se quejen de la escasa receptividad e integración que ofrecen a los foráneos que, en muchos casos, tienen que reducir su ámbito de sociabilidad a personas en circunstancias semejantes. Por ellos, y por nosotros mismos, es conveniente que entre todos aprovechemos el potencial de enriquecimiento cultural que puede derivarse de una relación más intensa con los residentes no sevillanos.

- Para participar activamente en una sociedad global, los sevillanos en todos los ámbitos (culturales, científicos, empresariales, instituciones civiles y públicas) deben esforzarse por incorporarse a las redes europeas y mundiales.

- El dominio de una lengua extranjera (preferentemente el inglés) es algo común en cualquier país europeo y de lo que los españoles (y,

particularmente los sevillanos) estamos muy lejos, probablemente por las limitaciones del sistema educativo. La apertura al mundo (para conocerlo y como herramienta profesional) exige que nos propongamos seriamente el aprendizaje de otra lengua y, en particular, no deberíamos permitir que nuestros hijos no hablen otro idioma antes de finalizar sus estudios.

2. Propuestas dirigidas a las administraciones públicas

2.1. Administraciones públicas y políticos

- Siendo el papel de los políticos imprescindibles en una sociedad democrática, observamos que por razones electorales tienden a ocupar un espacio público excesivo. Creemos que deberían ejercer su función de forma algo más discreta y más eficiente, y limitar el peso de las instituciones públicas en la vida civil y económica de la ciudad.
- En particular, no deben frenar el surgimiento y desarrollo de instituciones de la sociedad civil que expresan intereses y preocupaciones singulares, y que enriquecen la vida democrática.
- Las instituciones públicas son laicas, por lo que los representantes públicos (que nos representan a todos) deben estar al margen de todas las manifestaciones religiosas.
- La presencia de políticos en instituciones diversas (cajas de ahorro, consejos sociales, medios de comunicación públicos, empresas públicas, fundaciones y otras instituciones) deben ser sustituidos por profesionales de mérito reconocido e independientes del poder político.
- Las necesarias obras públicas generan incomodidades a los vecinos que son inevitables, pero reducibles, por lo que su ejecución debe programarse teniendo en cuenta el impacto en la población. Por otra parte, la ejecución intensiva de las obras públicas para que se visualicen en la cercanía de las elecciones propicia incomodidades evitables y, en muchos casos, costes adicionales de ejecución. Por ello, se plantea prohibir la inauguración de nuevas infraestructuras y equipamientos diez meses antes de las elecciones.

2.2. Sobre el sistema electoral

- Debe promoverse un cambio del sistema electoral, sustituyendo las actuales listas cerradas por un sistema en el que primen los candidatos individuales a los que se les pueda exigir responsabilidad, y como forma de acercar la ciudadanía a sus representantes. Si, como es previsible, las instituciones no impulsan este cambio, la sociedad civil deberá tomar la iniciativa para que se produzca.

2.3. Gestión metropolitana

- El desarrollo del Estado de las Autonomías ha dado lugar a la superposición de administraciones que, en ocasiones, realizan funciones semejantes. En la reestructuración administrativa las Diputaciones Provinciales han permanecido como instituciones del pasado, con escasas competencias directas, muy politizadas y muy costosas, por lo que abogamos porque sus competencias sean asumidas por la Junta de Andalucía o instituciones comarcales para la prestación de servicios específicos.
- Sevilla no es ya la ciudad sino toda su área metropolitana. Cotidianamente los sevillanos que viven en los barrios, el centro o en los municipios cercanos se mueven a lo largo y lo ancho del territorio, viven en un lugar pero consumen servicios en otros a veces distante. Sin embargo, la gestión ciudadana de las infraestructuras, seguridad, transportes, y otros múltiples

servicios públicos siguen regidos desde los estrechos límites de cada municipio. Aunque una gestión metropolitana viene siendo demandada desde hace tiempo, el mantenimiento de las prerrogativas políticas en cada municipio impiden que el proyecto se desarrolle en orden a una gestión más racional.

2.4. Medio ambiente

- A las administraciones públicas luchar contra la contaminación (atmosférica, aguas, acústica y olfativa) y hacer cumplir las normas. En particular, la contaminación acústica generada por las campanas de la Giralda y de diversas iglesias sevillanas superan con creces los límites legales. También la generada por motos de escape libre y por concentraciones humanas. Por otra parte, debe llamarse la atención sobre la contaminación olfativa derivada de usillos y de emisiones de gases de algunos bares y restaurantes.

- La mejora de la limpieza de la ciudad es responsabilidad básica del ciudadano, aunque también es necesaria la mejora del sistema público de limpieza.

2.5. Espacio urbano

- En Sevilla es frecuente que determinados colectivos monopolicen el espacio urbano en detrimento del resto de los ciudadanos. Lo más característico es la ocupación de las calles por las cofradías de la semana santa, lo que puede ser comprendido (a pesar de las molestias que les ocasiona a los no participantes en este evento) por la importancia social del acontecimiento, pero es menos admisible que el entrenamiento con los pasos y otras salidas al culto religioso se realicen sin restricción alguna y sin necesidad de permisos previos, ni actuaciones municipales que limiten los efectos negativos al común de los ciudadanos. Igualmente ocurre con otros ritos religiosos como las hermandades del Rocío.

- Pero el uso monopolístico del espacio urbano no se limita a los fenómenos religiosos. Existe por ejemplo una tendencia creciente a que los veladores y sillas de bares, restaurantes y cafeterías ocupen la vía pública generando incomodidad a los ciudadanos e, incluso, impidiendo el normal paso a los transeúntes.

- Una ciudad habitable y acogedora también se basa en el comportamiento de algunos colectivos singulares con gran interrelación con los ciudadanos y visitantes como los taxistas, cuyo servicio no es siempre de la calidad y amabilidad deseada. El ayuntamiento debe exigir que el servicio sea atendido con regularidad (incluida noche y festivos), seguridad (radio taxis) y calidad.

- También son frecuentes las prácticas asociales de conductores privados que contribuyen a la degradación de la convivencia, como los aparcamientos en lugares prohibidos, dobles filas, invasiones de de acerados y zonas verdes o interrupciones del tráfico. La escasa vigilancia e irregular exigencia por parte de la policía municipal de estas prácticas y la proliferación de señales que prohíben el estacionamiento sin ser respetadas contribuyen a este estado de cosas. Por ello, proponemos que se eliminen todas las señales de tráfico de Sevilla a excepción de las que la autoridad se comprometa a hacer respetar.

- La botellona es otra manifestación de la ocupación por un colectivo del espacio urbano con graves perjuicios para las personas más afectadas.

- Todo lo comentado en este apartado se puede resolver simplemente haciendo cumplir las normas establecidas.

2.6. Economía

- Las administraciones públicas deben operar con criterios de racionalidad y eficiencia. Deben realizarse evaluaciones de eficiencia sobre las políticas públicas por instituciones independientes.
- Un funcionamiento más eficiente del sistema económico y menor restricción de las actividades emprendedoras exige menor intervencionismo público, la restricción de las subvenciones y el clientelismo y evitar la superposición de funciones de las distas administraciones públicas.
- Es preocupante el excesivo endeudamiento del Ayuntamiento de Sevilla, que está dejando para las generaciones futuras el pago de las actuaciones que luce el actual consistorio.
- Deberían desterrarse los ingresos vinculados a la construcción como mecanismo de financiación municipal, por lo atípico del instrumento de financiación y la propensión a la corrupción que conllevan. Debe activarse un nuevo sistema de financiación municipal suficiente, en el que se tenga en consideración la capitalidad regional y en el que, además de las transferencias y otros impuestos y tasas, tengan relevancia los impuestos directos, muy especialmente el IBI.
- Las administraciones públicas deben intensificar su inversión en infraestructuras y equipamientos y limitar el gasto público en gastos corrientes (fundamentalmente en personal, propaganda y gastos de representación).

2.7. Cultura

- Limitar la intervención pública a la promoción cultural, sin adquirir prerrogativas selectivas, para lo que se deben crear consejos de personas cualificadas e independientes de carácter renovable.
- Que se reformen y complementen los reglamentos de nuestras fiestas oficiales, singularmente la Feria de Abril, en un sentido menos restrictivo para la libertad de los ciudadanos.
- Es necesaria una mayor presencia y diversificación de las actividades culturales promovidas públicamente en los barrios.

2.8. Transporte

- Las iniciativas de peatonalización de la ciudad y del carril bici deben extenderse, y complementarse con una eficiente red de transportes públicos.

2.9. Transparencia

- Las administraciones públicas deben ofrecer más información sobre su funcionamiento para merecer la confianza de los ciudadanos. En particular sobre criterios objetivos de toma de decisiones y sobre la aplicación de recursos a sus fines: financiación y personal. Para ello, sus páginas web deben contener información relevante para que los ciudadanos conozcan y valoren con detalle la aplicación de los recursos públicos. En concreto, sería deseable que se ofrezca información sobre personas dedicadas a cada servicio y con información sobre absentismo, remuneraciones por conceptos. Currículo de los responsables públicos adecuados a sus cargos.
- En la selección de los cargos públicos y el personal de las administraciones públicas debe primar la meritocracia sobre las afinidades políticas y personales.

2.10. Educación

- El uso habitual de otras lenguas (especialmente el inglés) en los ámbitos educativos, administrativos, sociales y culturales, así como en internet y la señalética, ayudará a abrir la ciudad a los demás y promover las relaciones.

- Las autoridades educativas deben fortalecer la enseñanza de las lenguas extranjeras. Ningún estudiante debería terminar su enseñanza secundaria sin dominar el inglés y sin haber realizado una estancia de al menos tres meses en algún país de la Unión Europea.
- Las universidades deben aprovechar las actuales reformas del sistema de titulaciones de grado y postgrado para adecuar la oferta académica a las necesidades reales de la Sevilla del siglo XXI, por encima de los intereses personales del profesorado. En los nuevos planes de estudio de grado podría establecerse la obligatoriedad de cursar al menos un cuatrimestre en una universidad de otro país de la Unión Europea.
- Las instituciones públicas deben fomentar la incorporación de científicos foráneos a los centros de investigación, y que estos se conciban con objetivos estratégicos a largo plazo, y no como apuestas políticas de corto recorrido.
- Debería de crearse un Museo de la Ciencia, concebido como centro de difusión y debate del avance del conocimiento científico, especialmente dirigido a los más jóvenes.

A manera de coda:

La teoría de la evolución de Darwin vino a decirnos que el factor tiempo es fundamental a la hora de evaluar a cada especie animal, porque cada una de ellas está en constante cambio; y es esa capacidad de modificación lo único que permanece y no una esencia de especie —cosa que, sabemos ahora, no existe—: ninguna especie es hoy lo que fue ayer ni será mañana lo que es hoy.

La teoría de la evolución de Darwin acabó con muchos mitos y creencias antiguas y bien arraigadas en la cultura occidental. Enterró desde luego el mito de la caverna de Platón: porque un lagarto no es el animal reflejo de la idea perfecta y acabada de lagarto estante en el mundo inalcanzable de las ideas. Y también dio un golpe de gracia a la creencia de que el lagarto era un ser, tal vez no perfecto, pero sí diseñado al efecto y con carácter definitivo por Dios —no importa aquí precisar cuál de ellos—.

Ya es hora de que el espíritu de Darwin cale en Sevilla y nos haga ver que esa ciudad que algunos consideran perfectamente acabada sin posible modificación que pueda mejorarla, es un ente ficticio. La evolución no es mala ni buena, es simplemente inevitable, y precisamente por eso hay que prestarle la debida atención: o procuramos controlar el proceso, esto es, innovar, o nos despertaremos un día para comprobar que, efectivamente, el dinosaurio todavía estaba ahí.